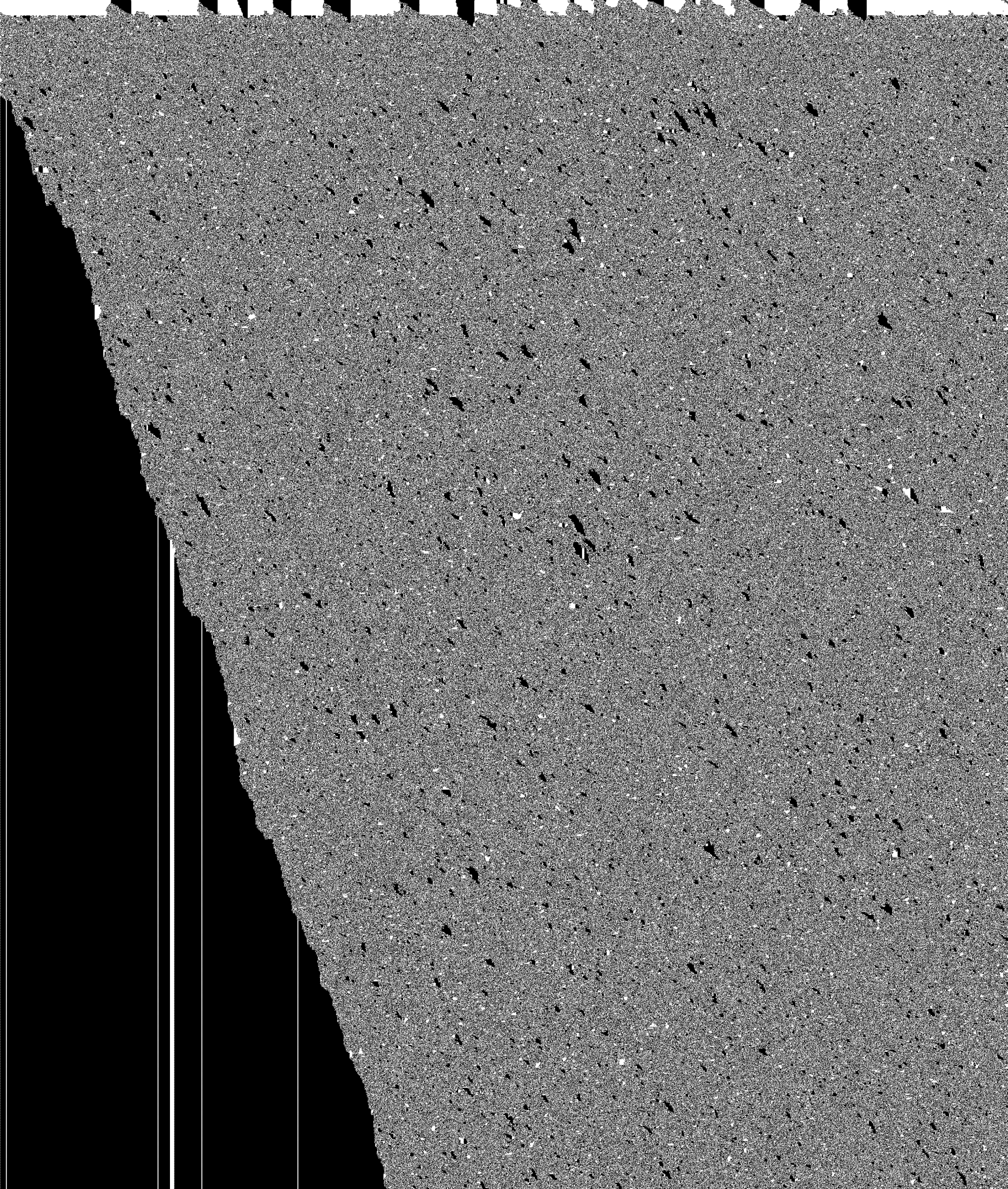


CRISTIANIDAD



Martín Oliva

S O C I E D A D A N O N I M A

Tejidos Algodón



Bailén, 68
Teléfono 25 05 87

BARCELONA

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . 100'00 ptas.

Semestral . 50'00 " "

Trimestral . 25'00 " "



Número ordinario . . . 5 ptas.

Encuadernar. 25 »

Tomo encuadernado . 125 »

PUBLICACIONES CRISTIANDAD

OBRAS PUBLICADAS:

Unidad católica y tolerancia de cultos

Carta Pastoral
del Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo
de Barcelona

(Agotada)

Hacia el Cuarto Año Jubilar

10 pesetas

Catolicismo o barbarie

por José-Oriol Cuffí Canadell

35 pesetas

Al Reino de Cristo

por la devoción a su Sagrado Corazón

Documentos Pontificios
Texto castellano

30 pesetas

Edición latino-castellana

45 pesetas

EN PRENSA:

Sor María del Divino Corazón

INASA

Inmuebles y Aprovechamientos Hidráulicos, S. A.



San Francisco, 14, pral., 1.º

T A R R A G O N A

Hostilidad militante, indiferencia complaciente

Son las dos posturas que denuncia en un documentado artículo de «L'Osservatore Romano» el que fué maestro del Sacro Palacio, P. Mariano Cordovani, recientemente fallecido.

Es interesante la declaración. Por su valor intrínseco y por la mucha autoridad del que la emite. No es la menos grave de todas las manifestaciones del naturalismo imperante, la de justipreciar exclusivamente, y ponderándolos en demasía, los males exteriores, y minimizar basta reducirlos a la nada los que por proceder del interior son en realidad mucho más graves. Esta postura, tan generalizada hoy, es, por otra parte, muy concorde con la extraordinaria superficialidad con que se acostumbra a enjuiciar los modernos acontecimientos.

No se trata de establecer comparaciones entre el mal que causan a la Iglesia y a la sociedad los enemigos declarados que abiertamente la combaten y los que con disimulado esfuerzo socavan los fundamentos mismos sobre los que se asienta la civilización que la Iglesia alumbró. Aparte los factores imponderables, tendríamos que manejar cantidades heterogéneas que no se pueden sumar. Y no es este el problema.

Creemos más bien que la gravedad del caso está en que la atención que se concede a lo inminente aparta la vista de lo remoto, que absortos en los ruidos alborotadores que amenazan la paz de hoy, nos distraemos demasadamente de los planes callados de quienes, más astutos, atentan, al amparo de este alboroto, destruir los mismos fundamentos de la paz. Que, en una palabra, para salvar lo transitorio se incurre en un casi total olvido de lo permanente.

Estas consideraciones vienen a cuento a raíz del trascendental artículo que reproducen nuestras páginas sobre «La Iglesia y la masonería». Frente a la hostilidad militante del comunismo se levanta una indiferencia complaciente que se llama enemiga y es cómplice. Una absurda neutralidad, una apatía criminal son los caracteres de esa complicidad silenciosa y organizada. «Esta bandera de la aconfesionalidad, de la neutralidad, del concordismo universal—dice el articulista a propósito de la masonería—llevan, naturalmente, a la indiferencia religiosa: es una bandera anticatólica, porque, prescindiendo de otras consideraciones, niega aquel primado absoluto que se debe dar a la verdad en todos los campos especialmente en el religioso, donde es condición para salvarse».

«En lo que sea tratar con masones o combatir con comunistas—continúa—caridad siempre y obra de conversión, hasta el heroísmo con todos, pero en lo que sea verdad divina y lógica de la vida a la revelación con la gracia, noble y gloriosa intransigencia».

Esto, que no es sino la ratificación pública de principios que siendo inconcusos, son puestos en discusión y entredicho cuando no en total desprecio por los que sólo combaten a las milicias hostiles señaladas con la impronta comunista, guarda estrecha relación con la grave advertencia de la Dirección General de las Congregaciones Marianas cuando a raíz de la proclama de una Cruzada de Oración y Penitencia afirma que «hoy día de un modo especial tales sectas masónicas aprovechando la oportunidad de estar todas las fuerzas de la Iglesia ocupadas en la lucha contra el comunismo, traman muchas cosas en secreto y preparan nuevas insidias contra la Esposa Inmaculada de Cristo, y en esto colaboran gustosamente con los comunistas y actúan coordinadamente con sus fuerzas unidas».

Combatamos, enhorabuena, a los ateos que militan hostilmente contra la Iglesia, pero librémonos de prodigar nuestros mimos a los que, sólo por táctica, silencian sus odios a la Iglesia misma y laboran secretamente por la para ellos soñada y siempre imposible destrucción.

Que no por ser, también ellos, anticomunistas han de ver sumados a los plácemes gozosos de los indiferentes, el aplauso de los que en esto no podemos ser nunca neutrales.

R. C. V.





El cumplimiento de la Justicia Social

(Intención del Apostolado de la Oración
para el mes de mayo de 1950)

Promueva esta Intención cuanto fuere posible el estudio serio de las cuestiones sociales, a la luz de las Encíclicas de los Sumos Pontífices, a fin de que las normas sociales sabiamente determinadas por la Iglesia, hallen una amplísima divulgación, aun entre los obreros, pero especialmente entre los ricos que, diciéndose buenos católicos, se apartan no obstante en su manera de obrar, en materias económicas y sociales, de las luminosas prescripciones de la justicia y caridad cristianas. Este modo de proceder suministra a los malos pretexto para atacar a la Iglesia.

Acerca del concepto de la *justicia social*, Pío XI en su Encíclica *Divini Redemptoris* ha escrito, ciertamente no muy por extenso, pero sí utilísimamente: «... además de la justicia conmutativa, existe la justicia social, que impone también deberes a los que ni patronos ni obreros se pueden sustraer. Y precisamente es propio de la justicia social, el exigir de los individuos (tanto patronos como obreros) cuanto es necesario al bien común. Pero así como en el organismo viviente no se provee al todo si no se da a cada parte y a cada miembro cuanto necesitan para ejercer sus funciones, así tampoco se puede proveer al organismo social y al bien de toda la sociedad si no se da a cada parte y a cada miembro, es decir, a los hombres dotados de la dignidad de persona, cuanto necesitan para cumplir sus funciones sociales. El cumplimiento de los deberes de la justicia social tendrá como fruto una intensa actividad de toda la vida económica desarrollada en la tranquilidad y en el orden, y se demostrará así la salud del cuerpo social, del mismo modo que la salud del cuerpo humano se reconoce en la actividad inalterada y al mismo tiempo plena y fructuosa de todo el organismo.

Pero no se puede decir que se haya satisfecho a la justicia social si los obreros no tienen asegurado su propio sustento y el de sus familias con un salario proporcionado a este fin; si no se les facilita la ocasión de adquirir alguna modesta fortuna, previniendo así la plaga del pauperismo universal; si no se toman precauciones en su favor, con seguros públicos y privados para el tiempo de la vejez, de la enfermedad o del paro. En una palabra, para repetir lo que dijimos en nuestra Encíclica *Quadragesimo anno*: «La economía social estará sólidamente constituida y alcanzará sus fines sólo cuando a todos y a cada uno se provea de todos los bienes que las riquezas y subsidios naturales, la técnica y la constitución social de la economía pueden producir. Esos bienes deben ser suficientemente abundantes para satisfacer las necesidades y honestas comodidades y elevar a los hombres a aquella condición de vida más feliz, que, administrada prudentemente, no sólo no impide la virtud, sino que la favorece en gran manera».

Así define Pío XI, con sencillez y claridad, la justicia social. Cuyo concepto, como se advierte, abarca así la que se llama legal, como la que recibe el nombre de distributiva.

Por lo que atañe al principio directivo de la justa distribución de los bienes, es de sumo interés lo que escribe Pío XI en la Encíclica *Quadragesimo anno*: «... Por lo mismo, las riquezas, incesantemente aumentadas por el incremento económico-social deben distribuirse entre las personas y clases, de manera que quede a salvo lo que León XIII llama la utilidad común de todos, o con otras palabras, de suerte que no padezca el bien común de la toda sociedad. Esta ley de justicia social prohíbe que una clase excluya a la otra de la participación de los beneficios». Así pues, debe ser atribuida a cada uno parte de los bienes, y hay que lograr que la repartición de los bienes de los productores se ajuste y conforme a las normas del bien común o justicia social.

Ni en verdad es equitativo, que el obrero reciba a modo de limosna lo que se le debe por título de justicia. La caridad que priva al obrero del salario que se le debe, no es caridad, sino un vano nombre, una apariencia fingida de caridad.

SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

- EDITORIAL: **Hostilidad militante, indiferencia complaciente** (pág. 201).
Sermón de Su Santidad a los fieles de Roma y del mundo (págs. 204, 205 y 220).
La Iglesia y la Masonería, por Mariano Cordovani (págs. 206 y 207).
La conjuración masónica (I), por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 208 y 209).
Los tres momentos del mundo, por C. (págs. 210 a 212).
Ateísmo liberal, por Roberto Coll Vinent (págs. 214, 215 y 221).
¿Dónde está el anticristo? (págs. 216 a 218).
Instrucción de la Suprema Congregación del Santo Oficio al Episcopado de todo el mundo (págs. 218 a 220 y 223).
El clero indígena avanza (pág. 222).
Orientaciones bibliográficas, por Luis Luna (pág. 223).
DE ACTUALIDAD: **Homenaje a Jesucristo Rey de los Mártires y a los Obispos y sacerdotes españoles asesinados por los enemigos de Dios.**



No temáis por la alegría serena de vuestra vida, como si la invitación a la penitencia quisiera cubriros con un velo de obscura tristeza; pues, antes bien, la negación de sí mismo es condición indispensable de la interna alegría que Dios concede a sus siervos aquí en la tierra. Y con la misma ansiedad y solicitud que consumen nuestro corazón anhelante de ver vuestra enmienda, no vacilamos en repetiros las palabras de San Pablo: «Gaudete in Domino semper; iterum dico, gaudete» (Phil., 4. 4)

PIO XII. Sermón del domingo de Pasión, 26 de marzo último.

Sermón de S. S. a los fieles de Roma y del mundo

El domingo de Pasión, 26 de marzo, Su Santidad Pío XII pronunció un fervoroso sermón, invitando a los cristianos del mundo entero a renovar el espíritu y las obras de penitencia, para expiar los pecados y la decadencia moral de la sociedad. He aquí la traducción castellana:

«La ardiente y espontánea devoción, amados hijos e hijas, con que habéis acudido aquí en este día de penitencia no podría haber interpretado mejor nuestras intenciones ni cumplido con satisfacción mayor aquel deseo de nuestro corazón que os confiamos en la vigilia de la apertura de la Puerta Santa, cuando os exhortamos a dar vida e impulso a un ferviente movimiento espiritual de expiación durante el Año Jubilar.

»En este domingo, la Iglesia comienza el sagrado tiempo de la Pasión, y con la nota triste de sus ritos revive ante los ojos de los fieles, y en sus almas, el drama de la divina víctima expiatoria de los pecados de los hombres, Jesucristo Nuestro Señor.

»Este día universal de penitencia corresponde verdaderamente a las necesidades más urgentes de la sociedad en que vivimos.

»El ojo iluminado por la fe que ayuda a la conciencia natural, libre de prejuicios y de máculas, así como la conciencia de todo hombre honrado, no pueden dejar de ver el calamitoso espectáculo de un mundo en decadencia, porque se ha arruinado la estructura moral básica de la vida. Ese mismo ojo del justo descubre, con claridad indefectible, aquella ley que alienta al bien y contiene al mal, aquella ley que precede y gobierna a todos los decálogos de la tierra y que perdura y sigue siendo igual para todos los pueblos y para todas las edades, aquella ley que es norma de todo acto humano y fundamento de toda sociedad entre los hombres (Cicerón, «De Legibus», 1, 2. C. 4).

»Aun cuando somos ajenos a todo pesimismo injustificado, que vendría a contrastar con la genuina esperanza del cristiano, y aun cuando somos hijos de nuestra propia era, y, por lo tanto, no nos atan irrazonables nostalgias de épocas pasadas, Nos, con todo, tenemos que notar la marea creciente de pecados privados y públicos que tiende a sumergir a las almas en el cieno y a subvertir las sanas normas sociales.

Los estigmas de la era presente

»De la misma manera que toda edad lleva un sello característico en sus obras, nuestra propia era lleva para su culpa la marca de varios estigmas que jamás contemplaron en forma igual los siglos del pasado.

»El primero y más grave estigma de nuestra época es el conocimiento, que hace inexcusable todo ultraje a la ley divina. Dado el grado de luz y de vida intelectual difundidas por todas partes, como jamás lo han sido, en los diversos estratos sociales, de que se gloria la moderna civilización; dado el sentido más vivo y puntilloso de la propia dignidad personal y de la libertad interior del espíritu, de que se ufana la conciencia de hoy, no debiera encontrar cabida la posibilidad o presunción de ignorancia de aquellas normas que regulan las relaciones de las criaturas entre sí y de las criaturas con el Creador, y, por tanto, no habría lugar a la excusa que, fundándose en aquella ignorancia, atenuaría la culpa. La cual, llegando a una universalidad de decadencia moral, ha contaminado zonas tradicional-

mente inmunes hasta ahora, como eran el campo y la tierra infancia.

»Una vasta serie de publicaciones criminales y sin pudor prepara los más depravados medios de seducción y corrupción para abrir el camino al vicio y al crimen, ocultando la ignominia y la brutalidad del mal bajo el barniz de la estética, del arte, de encantos efímeros y engañosos o de un falso valor; y se entrega sin freno al mórbido deseo de violentas sensaciones y nuevas experiencias de disolución. La exaltación de la inmoralidad ha llegado hasta el grado de exhibir en público sus vergüenzas e infiltrarse en el ritmo de la vida económica y social del pueblo, explotando para lucro las calamidades más trágicas y las más miserables debilidades de la humanidad.

Falso humanismo

»Y, lo que es peor todavía, de vez en cuando se trata de dar una justificación rebuscada a las más bajas manifestaciones de esta decadencia moral, invocando un humanismo de dudoso carácter o amparándose de una indulgencia que disimula la falta, para así engañar y corromper más fácilmente a las almas.

»Este falso humanismo y esta indulgencia anticristiana acaban por derribar la jerarquía de los valores morales y por relajar el sentido del pecado, hasta el punto de hacerlo respetable y de presentarlo como el desarrollo normal de las facultades del hombre y como la madurez de su personalidad.

»Y culpables de dañar seriamente a la sociedad son esos grupos que se empeñan en disimular el crimen bajo el pretexto de una tolerancia humanitaria o cívica o de la natural debilidad humana, que quieren permitir, o, lo que es peor, promover movimientos científicamente desarrollados para excitar las pasiones, aflojar las barreras de la disciplina que impone el respeto más elemental a la moralidad pública y a la decencia del pueblo, y que acaban por pintar con los tonos más seductores la violación del vínculo del matrimonio, la rebelión contra la autoridad pública, el suicidio y el atentado contra la vida ajena.

»Sin duda alguna reconocemos con el corazón lleno de compasión comprensiva la debilidad de la naturaleza humana, particularmente en las condiciones históricas del presente, como reconocemos que la miseria, el abandono y la promiscuidad de gentes que viven en escuálidos tugurios constituyen algunas de las más graves causas de inmoralidad. Pero siempre está a disposición del hombre su libre albedrío y el dominio sobre sus acciones, como siempre dispone del auxilio sobrenatural de la gracia, que Dios jamás niega a quien la busca confiado.

El pecado mancha la faz de la tierra

»Y ahora medid, si los ojos y el espíritu os mueven a hacerlo, con la humildad de quien quizás debe reconocer que es en parte responsable también, el número, la gravedad y la frecuencia de los pecados en el mundo. El pecado, hechura propia del hombre, mancha la faz de la tierra y desfigura la obra de Dios. Ponderad el sinnúmero de pecados privados y públicos, ocultos y patentes; pecados contra Dios y la Iglesia, pecados de los hombres contra el hombre en su alma y en su cuerpo, pecados contra el prójimo,

en especial contra aquellos seres más humildes e indefensos, pecados, en fin, contra la familia y la sociedad.

»Y algunos de estos pecados son tan crueles e inauditos, que se necesitan nuevos términos para describirlos. Pesad la gravedad de aquellas ofensas cometidas por mero descuido y de aquellas premeditadas conscientemente y consumadas a sangre fría, de aquellos pecados que ya arruinan una vida tan sólo o ya se multiplican en cadenas de iniquidad, hasta el punto de convertirse en la perversidad del siglo y en el crimen contra naciones enteras.

»A la luz penetrante de la fe comparad esta inmensa acumulación de ignominias y vilezas con la esplendente santidad de Dios, con la nobleza del fin para el cual fué creado el hombre, con los ideales cristianos por los cuales sufrió pasión y muerte el Redentor; y decid luego si la divina Justicia puede tolerar por más tiempo semejante deformación de su imagen y de sus trazos, un abuso tal de sus dones, ese desprecio de su voluntad y, sobre todo, la burla infame de la sangre inocente de su Hijo.

Exhortación a la penitencia

»Como Vicario de ese Jesús que derramó su sangre hasta la última gota para reconciliar a los hombres con su Padre celestial; como Jefe visible de la Iglesia, que es su Cuerpo Místico para la salvación y la santificación de las almas, os exhortamos a sentimientos y obras de penitencia para que así deis el primer paso, y con vosotros todos nuestros hijos e hijas repartidos por el mundo entero, hacia la verdadera regeneración moral de la Humanidad.

»Con todo el ardor de nuestro paternal corazón os pedimos el arrepentimiento sincero de vuestros pecados pasados, la plena detestación al pecado y el firme propósito de enmienda. Os conjuramos a que procuréis el perdón divino por medio del sacramento de la confesión y el testamento de amor del Redentor divino. Os suplicamos, en fin, que aliviéis la deuda del castigo temporal merecido por vuestros pecados, haciendo múltiples obras que satisfagan al Señor: oraciones, limosnas, ayunos, mortificaciones, para lo cual el Año Santo que transcurre ofrece una invitación y una piadosa oportunidad.

»Por esta senda, el alma retorna al abrazo con el Padre Celestial, se levanta de nuevo a las alturas de la gracia santificante y se restaura al orden y al amor, reconciliándose con la divina justicia. Se opera así el gran

retorno de una Humanidad rebelde a las leyes de Dios y de la Iglesia, ese retorno que hemos deseado y esperado llenos, ciertamente, de confianza y fe, una vuelta que anhelamos apresurar con nuestros deseos, con las ansias de nuestro corazón, con nuestras oraciones y sacrificios y con la generosa distribución del inagotable tesoro espiritual de la Iglesia confiado a nuestra custodia.

»No temáis por la alegría serena de vuestra vida, como si la invitación a la penitencia quisiera cubriros con un velo de obscura tristeza; pues, antes bien, la negación de sí mismo es condición indispensable de la interna alegría que Dios concede a sus siervos aquí en la tierra. Y con la misma ansiedad y solicitud que consumen nuestro corazón anhelante de ver vuestra enmienda, no vacilamos en repetir las palabras del apóstol San Pablo: «*Gaudete in Domino semper; iterum dico, gaudete*» (Phil., 4, 4).

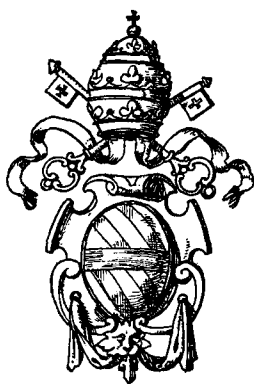
Defensa de los necesitados y oprimidos

»En este mismo espíritu hemos levantado con frecuencia nuestra voz en favor de los necesitados y oprimidos por condiciones económicas inicuas, miserablemente privados de las más elementales necesidades de la vida, para procurar y promover una justicia más efectiva. Empero, aun en el concepto cristiano de una sociedad en la cual la riqueza quede mejor distribuida, siempre habrá lugar a la renuncia, a las privaciones, al sufrimiento, herencia inevitable, pero fecunda, acá en la tierra. Y el gozo más intenso que puede desear o gustar un corazón en este mundo será, y siempre deberá ser, superado en la esperanza de una futura y perfecta felicidad: «*Spe gaudentes*» (Rom., 12, 12).

»Substituíd, en cambio, este anhelo celestial por el concepto materialista de un mundo que sueña en un placer perfecto y completo acá en la tierra, meta única y fin supremo de esta vida, y entonces tendréis que la aspiración a la justicia se convierte en el más ciego egoísmo, y el bienestar conseguido, en una carrera desenfrenada hacia el hedonismo.

»Pues bien, el hedonismo, es decir, esa búsqueda febril de todos los placeres terrenales, ese esfuerzo frenético por lograr acá en este mundo y a cualquier costo la felicidad entera, esa cobarde actitud que busca evitar el dolor como la mayor de las calamidades y evadir todo deber penoso, no hace sino tornar a la vida tristemente agobiadora y casi intolerable, porque sumerge al espíritu en un vacío de muerte. La multiplicación

(Termina en la página 220)



Nos, reflexionando sobre los gravísimos daños que ordinariamente resultan de semejantes sociedades, no sólo a la tranquilidad temporal de los Estados, sino también a la salud espiritual de las almas, enseñándonos la palabra de Dios, que los superiores de la familia del Señor han de velar siempre de día y de noche, a manera del siervo fiel y prudente, para que semejante clase de hombres no horaden la casa como los ladrones..., y por otras justas y razonables causas a Nos conocidas, con el parecer de algunos de nuestros Venerables hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, y por nuestra propia voluntad y con la plenitud de la autoridad apostólica, establecemos y decretamos que deben ser condenados y prohibidas dichas sociedades, reuniones o asambleas llamadas de los francmasones o con cualquier otro nombre, como en nuestra presente Constitución, perpetuamente valedera, las condenamos y prohibimos.

Clemente XII. Bula «In eminenti» 28 de abril de 1738

LA IGLESIA Y LA MASONERIA

Por MARIANO CORDOVANI

Reproducimos a continuación el artículo titulado «La Iglesia y la Masonería» aparecido recientemente en «L'Osservatore Romano» debido a la pluma del M. R. P. Mariano Cordovani, Maestro del Sacro Palacio a cuyo cargo va vinculada la misión de velar por la pureza de la fe y la de ser consultor nato de varias Congregaciones, en particular de la del Santo Oficio, viniendo a ser como el predicador de los familiares del Papa y consejero en materias teológicas.

La indiscutible autoridad del P. Cordovani, fallecido a los pocos días de publicado dicho artículo en «L'Osservatore», da fuerza mayor a esta solemne ratificación de la condena que desde su origen pasa sobre los ritos masónicos, y en general sobre toda la secta, nuevamente enquistada en los organismos de mayor influencia política internacional, y constituye el más rotundo y autorizado mentís a las tendencias otra vez resucitadas que proclaman osadamente la necesidad o la conveniencia de conciliaciones y acuerdos imposibles entre fuerzas esencialmente contrarias y enemigas.

CABIA honestamente pensar que, después de una lección trágica como la última guerra, nos habríamos vuelto todos más prudentes y que una nueva orientación había sido emprendida en el modo de vivir. En lugar de ello, con sorpresa nuestra, tenemos que comprobar que no se ha aprendido casi nada, que se repiten los errores y métodos de antes, con acrecentamiento del peligro fácil de prever.

Entre las cosas que resurgen y vuelven a cobrar vigor, y no sólo en Italia, se halla la masonería, con su hostilidad incesantemente renovada contra la religión y la Iglesia. Bastaría recordar nuevamente los discursos pronunciados en el Parlamento por el jefe de la masonería italiana.

La nota particular de este renacer masónico es la voz que se difunde, en los diversos medios sociales, de que la masonería de un rito determinado no está ya en contraposición con la Iglesia; que, por el contrario, se ha llegado a un acuerdo entre la masonería y la Iglesia, en fuerza del cual también los católicos pueden inscribirse tranquilamente en la secta sin peligro de excomunión ni de reprobación. Los corifeos de esta propaganda saben ciertamente que nada ha sido cambiado en la legislación de la Iglesia con relación a la masonería; y si persisten en hacer aquella propaganda es para aprovecharse de la ingenuidad de los débiles. Saben los Obispos que el canon 684, y en especial el 2.335, que castiga con la excomunión a cuantos dan su nombre a la masonería, sin distinción de ritos, se hallan en pleno vigor hoy como ayer; y todos los católicos lo deben saber y recordar, para no caer en el engaño y para saber juzgar debidamente, también, el hecho de algunos ingenuos que creen poderse llamar impunemente católicos y masones. Esto, repito, es verdad res-

pecto de todos los ritos masónicos, por más que alguno, por contingencias precarias de personas y cosas, se declaren no hostiles.

El nombre de masón tiene un significado bien documentado históricamente por las palabras y los hechos, que dice hostilidad a la religión; aquel famoso secreto que para algunos atañe a la finalidad de la secta y para otros no más que a los medios que se ponen en juego, es siempre, cuando menos, sospechoso y peligroso; aquel minimum que se encuentra aun en los grupos masónicos más independientes y que defienden la aconfesionalidad, la equiparación absoluta de los cultos en países marcadamente católicos, hechos son y afirmaciones que impiden cualquiera reconocimiento por parte de la Iglesia; reconocimiento que, si se diese, redundaría en escándalo y acrecentaría la confusión.

El acuerdo entre la Iglesia y la masonería, como si fuesen dos potencias que dan forma jurídica a sus nuevas posturas, suena así como a estridente contradicción. Quien no comparte los propósitos de la secta y posee sentimientos verdaderamente católicos sentirá el deber de desvincularse y de no multiplicar las banderas dudosas bajo las cuales milita. Esta bandera de la aconfesionalidad, de la neutralidad, del universal concordismo, conduce naturalmente a la indiferencia religiosa; es una bandera anticatólica, porque, al prescindir de otras consideraciones, niega aquella primacía absoluta que a la verdad debe darse en todos los campos, pero sobre todo en el religioso, donde es condición de salvación. Si no es hostilidad militante (en períodos dados), es, al menos, la indiferencia

equiescente. Y en este campo la Iglesia no puede establecer acuerdos, en el sentido de aprobar o ceder.

Mas esta actitud rígida, ¿no viene a desconocer la buena voluntad de algunos, que desearían el reconocimiento por parte de la autoridad eclesiástica para algún pequeño sector de la masonería que se dice no hostil hacia la religión y la Iglesia?

¿Y no se opone también a aquel espíritu de adaptación que la Iglesia ha demostrado en todas las épocas, yendo al encuentro de todos con espíritu de comprensión y de caridad generosa?

Sólo juzgando con ligereza puede tal cosa afirmarse. Todos deben comprender que si la autoridad eclesiástica hubiese, aun en parte, cedido a aquella tendencia, ¡qué confusionismo se habría engendrado y qué abuso se habría hecho de ello en el terreno doctrinal y práctico! Aquella tendencia moderna que se revela en algunos, que quisieran poner el catolicismo en consonancia con todas las ideologías y todos los movimientos sociales, con todas las marchas y virajes, ¿no es de apariencia herética, aunque inconscientemente en muchos?

Cierto que la Iglesia va al encuentro de todos predicando la verdad y apuntando a la salvación. Con este espíritu, más de un sacerdote habrá buscado facilitar el retorno de muchos masones al seno de la Iglesia, esperando en una radical transformación de la secta misma. Y aun puede haber sucedido que la esperanza del éxito, el celo de la empresa benéfica y salvadora, haya hecho considerar la cosa optimísticamente, subvalorando aquella exigencia de verdad y coherencia que no puede comprometerse jamás.

Mas no debe considerarse a la Iglesia como cualquiera sociedad humana que manobra con elementos humanos, exponiendo sólo valores humanos. La Iglesia tiene un contenido doctrinal divino que es revelación de Dios; posee una coherencia insobornable que es condición de salvación eterna. Sobre estos elementos esenciales no caben

compromisos, sino fidelidad absoluta. Ya sea que tenga que habérselas con los masones o que combata con los comunistas, caridad siempre y obras de conversión hasta el heroísmo con todos; mas con respecto a aquello que es verdad divina y coherencia de vida a la revelación con la gracia, noble y gloriosa intransigencia.

Así, pues, sigue siendo verdad que la Iglesia va al encuentro de todos, pero no con menoscabo de la verdad ni de la salvación de las almas. Une el primado absoluto de la verdad divina con la libertad del amor, y esto le da un carácter inconfundible y soberano.

Debemos vivir según la ley de Dios, no según las ideologías del mundo.

Es de esperar que estas escasas líneas sirvan de aclaración para muchos que nos han dicho tienen necesidad de ellas.

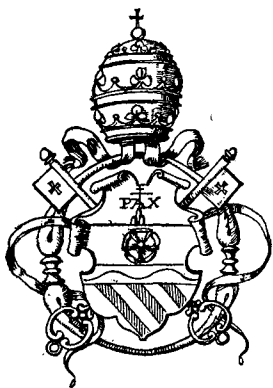
Todos pueden volver a leer los documentos pontificios, que se ven confirmados a diario por cuanto la masonería dice y obra en diversos países. Esos binomios forzados de *católicos revolucionarios*, *católicos comunistas*, *católicos masones*, etc., son un escarnio para nosotros, que no queremos contaminaciones y sabemos, con Tertuliano, que nada hay más grande en el mundo que un *cristiano verdadero*, sin adjetivos ni aditamentos

Se impone a los católicos, especialmente, el que tengan una conciencia clara de sus deberes y que comprendan cómo toda ofensa a la ley del Evangelio se traduce prácticamente en un cúmulo de desgracias y desventuras para las almas y los pueblos.

Que no se den cuenta de ello los que viven fuera de la Iglesia es ya grave; pero si no nos damos cuenta de ello nosotros, no tenemos excusa.

Es la verdad la que hace libres, la verdad conocida y amada, no los compromisos, no los hibridismos, que deshonoran la razón antes aún que ser ofensa de nuestra santa fe.

(«Osservatore Romano». Domingo, 19 de marzo de 1950.)



Ha llegado a nuestros oídos que hay algunos que no vacilan en afirmar y propalar, que dicha pena de excomunión impuesta por nuestro predecesor, carece ya de efecto, porque dicha Constitución no ha sido confirmada por Nos, como si fuera necesaria la confirmación expresa del Pontífice sucesor para que subsistan las Constituciones apostólicas del predecesor.

Y también se nos ha insinuado por varones piadosos y temerosos de Dios, que para quitar todo subterfugio a los calumniadores, y declarar la uniformidad de nuestra intención y voluntad con la de nuestro predecesor, sería muy del caso que añadiéramos el nuevo sufragio de nuestra confirmación a la Constitución de nuestro predecesor...

Nos, aun cuando, principalmente en el jubileo y muchas veces antes, hemos concedido benignamente la absolución de la excomunión en que habían incurrido muchos fieles de Jesucristo, verdaderamente arrepentidos y contritos .. y que prometían de todo corazón apartarse enteramente de estas sociedades y no volver jamás a ellas en lo futuro; no hemos dejado tampoco de instar con todo empeño y cuidado para que se proceda por los competentes jueces y tribunales... contra los violadores de dicha Constitución.

Benedicto XIV. Bula «Providas» 18 de marzo de 1751

LA CONJURACION MASONICA

I

«LO QUE SE HA VISTO EN PARIS, SE VERA EN TODA EUROPA.»

Amigo lector:

En el número 138 de CRISTIANDAD se publicó el texto de la Proclama Internacional de Oración y Penitencia, que la Dirección General del Apostolado de la Oración, siguiendo la voluntad del Romano Pontífice, dirigió a todos los cristianos, invitándoles a implorar la misericordia y el auxilio de Dios, y recordando que «Dios y la Iglesia, para estas aflicciones extraordinarias, nos han dado la devoción al Corazón Sacratísimo de Jesús».

Aunque seguramente habrás leído y meditado el texto de dicha Proclama y de los autorizados comentarios que glosan su significación y trascendencia, nos permitimos suplicarte que vuelvas a leerla con detención tantas veces como sea preciso, para sacar de su renovado estudio el máximo provecho posible y comprender la verdadera razón de que el Papa, en los extraordinarios tiempos que estamos atravesando, llame a los fieles a una gran Cruzada. Los números de CRISTIANDAD publicados en el transcurso del año actual contribuirán, sin duda, en gran manera, a entender el porqué del llamamiento de la Iglesia, y te ayudarán a iluminar tu entendimiento, a fortalecer tu voluntad y a inflamar tu corazón para seguir así el ejemplo vivo y perenne de los antiguos cruzados, quienes a la voz del Papa ofrecían sus vidas y sus haciendas al servicio supremo de Jesucristo.

Varios aspectos de la Cruzada han sido ya examinados, con mayor o menor extensión, en nuestra Revista. Otros muchos irán siendo desmenuzados y comentados, Dios mediante, en los números siguientes. Hoy queremos iniciar tan sólo una pequeña glosa sobre un aspecto de la gravedad excepcional de ciertos peligros que gravitan en la vida de los pueblos y de la sociedad universal.

En el número ya citado de CRISTIANDAD, al hablarse, en los comentarios de referencia, de las amenazas que se cierren sobre la humanidad, se dice textualmente (pág. 515) lo siguiente:

«Ni falta, en verdad —al menos en una parte de los dirigentes que posee, sin embargo, enorme influencia—, la mala voluntad de reducir a esclavitud al mundo entero.

»Muéstrase, ciertamente, el poder de las tinieblas, aquella fuerza destructora, cual la había descrito proféticamente San Ignacio en la meditación de Dos Banderas.»

¿De qué dirigentes se trata? ¿De qué medios se sirven en orden a la instauración de la tiranía más monstruosa que vieron los siglos, y cuya implantación convertiría a todos los hombres en viles siervos? ¿Cómo se muestra en nuestros días la fuerza satánica que pretende sojuzgar a la humanidad?

No es pretensión nuestra responder todas estas y otras preguntas que surgen espontáneamente de la lectura de las palabras que hemos reproducido. En el presente número trataremos, simplemente, de apuntar algunas ideas y determinados hechos, como modesta introducción a un desarrollo más completo y más profundo de tan importante materia.

* * *

El día 1.º de octubre de 1877, el Cardenal Manning, tomando la palabra en una gran reunión celebrada en Inglaterra, se expresó en estos términos:

«Hemos visto todos un imperio que ha sido creado por una revolución; un emperador sentado en el trono por aquélla, y que, durante toda su vida, inspiró su política en los principios revolucionarios.

»Hoy, todavía, contemplamos una monarquía que, bajo la presión de las sociedades secretas revolucionarias, ha dejado de lado las leyes y los gobernados, y ha despojado, violenta y abiertamente, a los hombres de sus más elementales derechos; se ha visto a un rey legítimo esperando y vigilando para apoderarse de lo que la Revolución cogería en sus redes. Lo hemos visto con nuestros propios ojos.

»Hoy mismo, esta guerra que ha cubierto miserablemente de ruinas y de sangre el suelo de Serbia, esta guerra no ha sido desencadenada ni proseguida por la autoridad de los que la gobiernan. Estos, en la hora presente, NO TIENEN LA AUTORIDAD EN SUS MANOS.

»¡Serbia! Su príncipe, proclamado rey contra su voluntad; está ocupada por un ejército que es un ejército extranjero, más que un ejército serbio, y es preciso decir que detrás de un cierto trono imperial hay un partido de la guerra que la hace inevitable.

»Si insisto en estas cosas es para que comprendáis bien que no son ni los emperadores, ni los reyes, ni los príncipes los que dirigen el curso de los acontecimientos en Oriente. Hay encima y detrás de ellos algo que tiene todavía más poder y que se hará sentir cuando llegue la hora. Sí, el día en que todos los ejércitos de Europa serán lanzados en un inmenso conflicto, entonces, la revolución que hasta el presente trabaja subterráneamente encontrará la hora favorable para mostrarse a plena luz. LO QUE SE HA VISTO EN PARÍS, SE VERÁ DE NUEVO EN TODA EUROPA.

»Y si el Jefe de la Cristiandad sobre la tierra ha guardado silencio en un momento de grave peligro, es que él y sus predecesores, con una voz cuya firmeza nunca fué desmentida, jamás dejaron de advertir a los Gobiernos y a los príncipes de la Europa cristiana de guardarse de las sociedades secretas y revolucionarias que trabajan para minar y destruir sus tronos y el orden social en todos los países; es porque él sabe muy bien que la primera chispa que provocará la guerra en Europa, desencadenará una conflagración europea, y que entonces tendremos que contemplar, no un inmenso mar de sangre como el que ha anegado Bulgaria, sino ríos enteros, un verdadero diluvio de sangre corriendo sobre todo el Oriente, en todas partes en que poblaciones católicas y musulmanas están mezcladas» (1).

He ahí proféticamente anunciada por un Príncipe de la Iglesia la terrible conjura que se estaba tramando en Europa para destruir el orden social existente. He ahí anunciada igualmente la primera guerra mundial que abrió el camino al estallido de la revolución bolchevique. He ahí vislumbradas las sucesivas luchas que habían de servir de medio adecuado para que la obra de las sociedades secretas alcanzase las finalidades perseguidas.

Efectivamente; la esencia misma de la labor revolucio-

(1) Cit. por Claudio Jannet en la introducción a la obra de Deschamps «Les sociétés secrètes et la société», Avignon-París, 1889.

naría es fruto de una verdadera conjuración tramada en la clandestinidad, de una conjuración en la que toman parte los enemigos declarados de la Iglesia de Cristo.

Y esto no lo decimos nosotros. Lo dicen los Papas. Lo repiten en diversos documentos dirigidos a la Iglesia universal.

* * *

Así, el Papa León XIII ha escrito: «Los Romanos Pontífices, nuestros antecesores, velando solícitos por la salvación del pueblo cristiano, conocieron bien pronto quién era y qué quería este capital enemigo apenas asomaba entre las tinieblas de su *oculta conjuración*» (2).

Y de qué enemigo se trata, lo declara el propio Vicario de Cristo en la referida Encíclica: «En nuestros días, todos los que favorecen la peor parte parecen *conspirar* a una y pelear con la mayor vehemencia, siéndoles guía y auxilio *la sociedad que llaman de los masones*, extensamente dilatada y firmemente constituida.»

La masonería se presenta así como la organización clave, podríamos decir, que agrupa a su alrededor a todos los que traman maquinaciones contra la majestad de Dios y contra la Santa Iglesia, «*con el propósito* —añade León XIII— *de despojar, si pudiesen, enteramente a los pueblos cristianos de los beneficios que les granjeó Jesucristo, Nuestro Señor*».

Con estas palabras queda expresada la mejor definición que pudiera hacerse de la naturaleza y propósitos de la francmasonería.

Inspiradora del nefasto sistema liberal en la constitución de los pueblos, trabaja afanosamente para apartar a éstos de la Iglesia, y pone toda clase de trabas e inconvenientes para que su sagrada misión no pueda realizarse con la libertad, plenitud y eficacia debidas. Mediante leyes y disposiciones que en apariencia aparecen dulcificadas, pretenden sujetarla a los caprichos de los gobernantes, colocándola en la misma posición que las sectas heréticas e impías, cuya acción, por el contrario, apoyan y respaldan en detrimento de la verdadera doctrina.

Pero no se detiene ahí la secta. En los países que cree ya convenientemente preparados, se lanza inicua y sañuda persecuciones, a incalificables violencias, que llevan indefectiblemente, a pesar de ser distin-

tos los ejecutores, el sello inconfundible de quien las patrocina y alienta.

Esta es la nota característica de la masonería: la lucha a ultranza contra la Religión Católica, contra la Iglesia de Cristo y contra su Vicario en la tierra, el Romano Pontífice.

Lucha que, no obstante ser en numerosas ocasiones diligentemente disimulada para mejor llevar adelante sus diabólicos proyectos, es, en muchas ocasiones, audazmente proclamada como la finalidad vital, el objetivo supremo, de todas sus actividades.

Dos citas, suficientes para demostrar lo que decimos, ilustrarán a nuestros lectores sobre la esencia misma de la secta masónica.

En 1846 y 1854, en unas reuniones de la masonería belga, se pronunciaron las siguientes palabras:

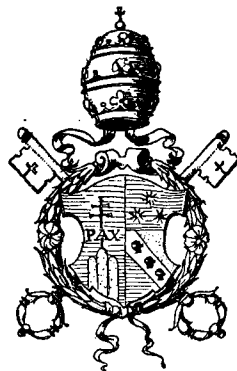
«En el siglo XVIII hicimos gala de haber aniquilado la Infame. Tarea vana: la Infame renació más intolerable, más rapaz y más hambrienta que nunca. La religión católica es una teocracia ávida, sin espíritu de familia y sin hogar, obediente a un jefe extranjero y obligando a inclinarse bajo su yugo a los Gobiernos y a los pueblos... HEMOS DE COMBATIR CONTRA SEMEJANTE TIRANÍA... Para alcanzar este objetivo es preciso establecer altar contra altar.»

«LA MASONERÍA COMBATE EL CATALICISMO A ULTRANZA. Es preciso que el país acabe por hacer justicia, aunque para ello sea imprescindible emplear la fuerza para curarse de esa lepra» (3).

Tal vez no se haya dicho con mayor claridad, ni en los mismos conciliábulos de las logias, la verdadera razón de ser de la masonería. Quizá no aparezca más diáfana-mente definida la meta de una actuación que, ora tomando el carácter de una defensa de la libertad, ora propagando el ideal de una democracia enemiga de la dignidad de los pueblos, ora clamando por la unidad de las naciones, se resume siempre en la hostilidad acerbísima contra nuestra sacrosanta religión y contra el orden social establecido por Dios.

¿Cómo actúa la masonería? ¿Cómo lleva a cabo su funestísima labor para imponer sus doctrinas y sus consignas en el mundo?

José-Oriol Cuffi Canadell



(2) León XIII. Encíclica «Humanum genus».

(3) Cit. por Claudio Jannet, obra cit.

Nadie ignora cuánta multitud de hombres malvados se ha coligado en estos difícilísimos tiempos contra el Señor y contra su Cristo, los cuales principalmente procuran, aunque en vano, engañando los fieles con una filosofía vana y falaz y separándolos de la doctrina de la Iglesia, echar por tierra y acabar con la misma Iglesia.

Hace ya mucho tiempo que esta Santa Sede, habiendo descubierto estas sectas, fuerte y libremente clamó contra ellas, y puso de manifiesto las maquinaciones que ocultamente se tramaban en ellas contra la religión y contra la sociedad civil. Mucho tiempo hace, que excitó a todos a procurar que estas sectas no llegaran a realizar lo que criminalmente intentaban.

Mas por desgracia, el éxito por esta Sede Apostólica esperado no correspondió a sus cuidados; y estos hombres malvados nunca han desistido de su empeño; de donde se han seguido los males que nosotros mismos presenciamos...

Pío VII. Bula «Ecclesiam a Iesu Christo» 13 de septiembre de 1821

LOS TRES MOMENTOS DEL MUNDO

EN anteriores escritos nos hemos referido a tres marcadas características de la política internacional durante estos últimos ochenta años. Creemos oportuno venir a desarrollar más ampliamente este tema por las enseñanzas que pueden derivarse de la atenta apreciación de estos fenómenos.

Hemos dicho que la política del mundo ha reflejado el sello de una marcada tendencia en tres distintos momentos. El primero lo calificamos de político, el segundo lo definimos como económico y al tercero le atribuimos un carácter inevitable de momento religioso.

Siguiendo la norma de definir por medio de figuras claramente expresivas nuestra idea, hemos designado el momento político del mundo bajo el título de momento de la cabeza, al segundo como momento del vientre y al tercero, que ahora comienza a dibujarse, como momento religioso o del corazón.

Una simple ojeada retrospectiva en los años que siguieron a la guerra del 70, y al momento europeo que se produce en este lapso de tiempo que media entre aquella efemérides franco-prusiana y el principio de la guerra del 14, nos lleva a la siguiente conclusión. Los políticos que encarnan aquellos momentos internacionales, y que se llamaron Bismark, Disraeli y Gortschacof, así como cuantos se sucedieron en Europa durante este interregno, vivían bajo el impulso de una obsesión fundamental: la expansión y desarrollo físico de sus pueblos y la formación e incremento de sus dominios coloniales.

Fué éste un tremendo momento político del mundo, lleno de tensiones y peligros originados por los distintos avances y retrocesos de tantas ambiciones contrastadas. Como consecuencia de esta incómoda inestabilidad surgió la necesidad de lo que vino en llamarse entonces equilibrio europeo, y que sirvió a dar un cierto sentido al forcejeo.

A pesar de ello, vino la guerra del 14. Esta guerra, sin embargo, no fué ya consecuencia sólo del contraste expansivo-colonial de los pueblos de Europa. Un nuevo factor empezó a perfilarse y un nuevo y distinto impulso avivó la llama del incendio europeo: el desarrollo inusitado del comercio alemán.

Con esto entramos en el segundo momento o fase política del mundo, que enmarcamos bajo el epígrafe de económico. La guerra de expansión de las colonias abrió paso a la guerra de expansión de los productos. El momento político del mundo había terminado.

Desde el fin de la guerra del 14, el mundo entró en una nueva fase. Nada de lo anterior iba a ser tenido en cuenta en la nueva política económica que se instauraba. Las conferencias de paz y la Sociedad de Naciones que nació de ellas se destacaron ya por un marcado carácter económico. Las razones de prestigio o de dominio fueron abandonadas lentamente por los gobernantes, atentos al patrón oro y al dominio de los mercados. Nace la teoría cuantitativa que justifica las más disparatadas cabriolas políticas, si éstas podían conducir a un fin remunerador. Esto da paso a una desbandada general ideológica que dura hasta nuestros días.

Pero además, y esto es lo más grave, todo principio austero, toda razón sentimental, toda teoría espiritual, fueron arrastradas por este furioso vendaval materialista que precipitó a los pueblos, en competencia desatinada, a encerrarse en un feudalismo de países estancos, en momentos en que Europa y el mundo necesitaban más que nunca una amplia ley de mutua comprensión.

Vino la segunda guerra mundial como consecuencia de toda esta sinrazón colectiva en plena efervescencia materialista, y al término de la misma los pueblos de Occidente siguieron y siguen aferrados a la teoría de una política «cuantitativa» en momentos en que al impulso disgregante de las fuerzas comunistas, verdaderos vencedores de esta guerra inconcebible, las naciones deberían agruparse dentro de la disciplina inexorable de un orden común.

La O. N. U. de ahora y la Sociedad de Naciones de la guerra anterior las equiparamos a una colosal mascarada que sirve para mentir la auténtica incapacidad de dirigentes y dirigidos de estos pueblos materialistas de definirse en un sentido de fondo cristiano opuesto en forma y fondo a la ley materialista que impera.

Esto nos lleva al fin del momento materialista del mundo. El término del mismo será también y necesariamente una nueva guerra, pero en este caso, como en la otra vez, un nuevo y distinto argumento, que viene ya desde ahora iniciando sus tímidos destellos, surgirá poderosa y decisivamente, proyectando el haz de una luz de Verdad sobre la mentira materialista del mundo derrumbado.

Con esto y así dará comienzo esto que venimos en llamar el tercer momento, y este momento será *un momento religioso del mundo*.

Aunque a los dirigentes de ahora se les antojara una aberración, el especular sobre algo tan insólito como este concepto de política religiosa que venimos pacientemente predicando como única auténtica vía de salvación de gentes y pueblos, éste será el camino que se abrirá al mundo en el momento en que estalle brutalmente el armazón artificial con que el materialismo pretende sofisticarnos.

Muchos se preguntarán: ¿Es posible una política religiosa de los pueblos? Desde la proyección positivista de un plano material, no. Considerada desde otro ángulo, no sólo es posible, sino irremediablemente necesaria. Vamos a tratar de demostrarlo. Hemos partido siempre de la premisa inevitable de una guerra inconcebible de exterminio, como consecuencia del último contraste entre las dos últimas incompatibilidades materialistas. Hemos también especulado sobre el triunfo del bien sobre el mal, entendiéndolo por bien lo que milita bajo formas todavía cristianas del materialismo, y por mal todo lo que encuadra el comunismo. Pues bien, si partimos de este momento en que los pueblos, exhaustos, y las gentes, agotadas, se sitúan en un mejor terreno de razón y de verdad, lo demás puede justificarse. Las gentes habrán llegado a esta condición exasperadas ante el vacío surgido ante sus pies por el derrumbamiento de sus dos únicos puntales materialistas. El materialismo capitalista y el materialismo social-comunista. Frente a este vacío, las gentes se agruparán impulsadas por un aglutinante espiritual opuesto, en forma y fondo, a la mentira anterior. Vendrán a esta solución por impulso natural, desengañados de «lo otro» y dispuestos a aceptar los dictados de una mejor ley. Esta ley, de la que vamos a ocuparnos, será una ley cristiana.

Cuando lo material fracasa definitivamente, el hombre se refugia en lo espiritual. Cuando el barco se hunde, el mensajero de auxilio que se lanza al espacio habla de la salvación del alma. *Save our souls*. «S. O. S.». Salvad nuestras almas.

El alma ha sido y sigue siendo insistentemente negada por cuantos materialistas viven ocupados de dar satis-

facción al cuerpo. Es difícil venir a convencer «ahora» a estos recalcitrantes positivistas que niegan todavía el alma. Sin embargo, cuando llega el naufragio total acuden en tropel. Los hemos visto en nuestra guerra civil española, con sus rostros crispados por el terror, acogerse al cobijo de rezos y cultos y reflejando sus ojos una exaltación muy distinta de la sonrisa escéptica hija de la seguridad anterior.

La política religiosa nace en este momento y de esta circunstancia. Algunos rarísimos políticos actuales empiezan a vislumbrar esta coyuntura. Pocos son, sin embargo, los que se atreven a especular sobre cuál pueda ser la forma que tomará la reacción humana en el momento que se produzca, temerosos de caer en un pecado de ingenuidad. Nosotros vamos a intentar hacerlo.

En realidad, no es ahora cuando iniciamos este trabajo de someter nuestro pensamiento a una disciplina funcional para dirigirlo, por caminos de razón, fuera de estas zonas cenagosas que el materialismo ha producido. Hace ya muchos años que venimos también predicando una Cruzada de Occidente para tratar, ya que no de otra cosa, de fijar nuestras propias ideas mediante estos intrascendentes escritos.

Siempre hemos pensado que el momento futuro sería un momento religioso del mundo. Stalin y Hitler, encarnaciones ateas distintas de un mismo materialismo, han pensado siempre, y no se han recatado de manifestarlo, que el principal enemigo de sus totalitarismos era, sin género de duda, la Iglesia de Cristo. Contra ella dirigieron y dirigen sus más duros ataques.

Su instinto no les engañó. Sabían positivamente que el artificio materialista de las democracias vendría a desmoronarse a más corto o largo plazo. Sabían que el orden de las economías capitalistas no podría mantenerse como consecuencia del ataque reiterado y solapado de las fuerzas del desorden. Sabían que las guerras y las revoluciones minaban cada vez más las resistencias capitalistas, basadas en el bienestar y la comodidad. A más largo o corto plazo, el derrumbamiento tiene que venir y su arte consiste en enredar el juego en forma de que la reacción no se produzca a destiempo. La táctica actual del comunismo y de sus afines es menos de atacar de frente que ir golpeando sucesiva y reiteradamente los flancos del enemigo. Desplazando continuamente la acción, en este dilatado escenario del mundo, van asestando golpes oportunos en distintos lugares, sembrando el

desconcierto en las anémicas democracias de Occidente.

Ellos saben que en el momento final del derrumbamiento sólo un gran espíritu de abnegación y sacrificio, o el latigazo implacable del Knut, serán capaces de dirigir las masas humanas por los trágicos senderos del futuro. Por esto atacan la ley fundamental de una doctrina capaz de generar una reacción sacrificada. Ellos tienen el Knut y no admiten competencia.

Ellos saben todo esto, *pero nosotros también lo sabemos*. Hace tiempo que venimos refiriéndonos a este momento religioso del mundo para la circunstancia inevitable del colapso materialista. Es, por tanto, justificado el que podamos referirnos a una política de fondo religioso para oponerla, y oponernos con ella, a la otra política mal llamada económica, en la y por la que fracasan las democracias materialistas.

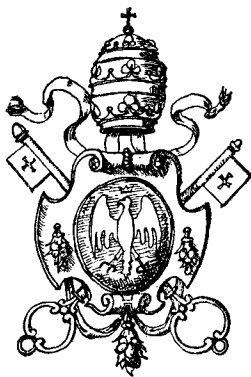
Esta política necesita de un fondo o principio religioso, sin lo cual lo que se emprenda no será jamás verdad. También hemos dicho repetidas veces que este argumento «todavía» no puede ser asimilado, porque las gentes entienden «todavía» más de beneficio que de sacrificio. Después ya será distinto.

Para que esta política sea verdad debe venir subordinada al principio insoslayable de Dios nuestro Señor en el vértice de todo pensamiento. El mismo principio fundamental de nuestra sociedad cristiana debe establecerse como principio fundamental de la sociedad futura.

Una autoridad indiscutible debe instaurarse como única «fuente» original de derecho frente a todo pensamiento humano, sea de orden político, económico o social. Esta autoridad indiscutible pertenece desde el principio de las edades a Dios nuestro Señor y es momento ahora de que esto se reconozca y se establezca. El concepto de una autoridad indiscutible es opuesto a la idea de una autoridad

condicionada y mutable que es origen y razón de ser de toda democracia. Hemos dicho muchas veces que la única solución que nos queda para salir de la vía muerta de la democracia es precisamente la de invertir los términos que originan el movimiento del principio de autoridad. «De abajo arriba», que es ley numérica de masas y fuente original de la autoridad democrática, debe ceder el paso al nuevo principio derivado de la idea de Dios y que, siendo así, debe necesariamente establecerse «de arriba abajo».

El principio de autoridad derivada de Dios nuestro Señor no prejuzga necesaria-



No se crea que todos estos males y otros que Nos omitimos, falsa y calumniosamente los atribuímos a estas sociedades secretas. Los libros que no vacilaron en escribir sobre la Religión y el Estado los inscritos en ellas, en los que menosprecian la autoridad, blasfeman de la soberanía, repiten que Cristo es un escándalo o una necedad; más aún, enseñan que no hay Dios y que el alma del hombre muere con el cuerpo: los códigos y estatutos que explican sus doctrinas e instituciones manifiestamente declaran todo lo que ya hemos mencionado, y que por ellos es aprovechado para destruir las autoridades legítimas y los mismos fundamentos de la Iglesia.

Y no es menos cierto que estas sectas, aunque diferentes en el nombre, sin embargo están unidas entre sí con el vínculo criminal de sus perversísimas doctrinas.

León XII. «Quo graviora» 13 de marzo 1825

PLURA UT UNUM

mente la forma de gobierno que se establecerá como consecuencia de este principio, ni somos nosotros los llamados a improvisar sobre este tema. Entendemos que lo nuevo que se instaure debe de ser consecuencia de esta premisa ineludible y estar dotado de las condiciones básicas insoslayables de ser ésta una autoridad indiscutible y al mismo tiempo estable. Indiscutible y estable son bases trascendentales de una autoridad sin las cuales la misma se produciría con timidez y se ejercería sin continuidad. Estos solos dos motivos justifican plenamente una reforma trascendental. Todavía se vendrá a especular en democrático sobre la condición estable e indiscutible de la democracia americana. Es ésta todavía una joven institución, y observadores atentos ya aprecian en ella los mismos síntomas de descomposición orgánica que han llevado a las similares de Europa, por vías de socialismo, al despeñadero inevitable del caos comunista.

Como consecuencia, pues, de este nuevo principio religioso como vértice de toda idea política, debe venir una nueva doctrina política que sea rectificación total y definitiva del legado democrático que nos dejó la Revolución Francesa.

Hay que empezar a entender esto desde ahora, cuando todavía argumentan sus últimas teorías las democracias materialistas. Ahora bien, tampoco seremos nosotros quienes vayamos a tratar de articular los principios de esta nueva ley política de los pueblos futuros. Sabemos positivamente que el mundo entra en una auténtica fase vertiginosa, en la que cada día se producen cambios trascendentales en la vida del hombre y en su encuadramiento dentro de la familia o de su comunidad. Sería ingenuidad

por nuestra parte el pretender improvisar sobre temas tan lejos de nuestro alcance como fuera de nuestras posibilidades. No sabemos qué forma escalonada de adaptación se irá produciendo como consecuencia de estas nuevas condiciones de vida; lo que sí sabemos, con una certeza inmutable, es que las leyes fundamentales de Dios nuestro Señor serán en este mañana que anunciamos como lo han sido en este pasado que conocemos, principio ineludible y ley permanente del hombre en toda su dimensión o varía estructura social. Para este mañana *todavía más* que para este ayer a que nos referimos, por cuanto entre estos dos momentos se habrá producido el cataclismo fatal a que nos habrá llevado la desviación materialista.

Sabemos del principio ineludible de Dios nuestro Señor como origen de todo y nos atrevemos a avanzar una segunda afirmación, hija de la misma invariable convicción. Sólo la Iglesia de Cristo es quién y bastante para definir, articular e instaurar las nuevas leyes políticas que servirán a los hombres para el momento que viene. Sólo la Iglesia de Cristo posee la condición inflexible de firmeza que necesita el principio para perdurar a través de la inmensa confusión que vivimos y que fatalmente vamos a vivir. Sólo la Iglesia de Cristo posee la condición esencial de intransigencia que la idea requiere para librarse del peligro materialista de la «adaptación».

Al llegar al momento religioso de la política del mundo se producirá, o se está ya produciendo, el choque entre las fuerzas del mal y la Iglesia de Cristo.

«Ellos» saben que en la Iglesia de Cristo anida la más importante dificultad. «Ellos» lo saben, pero nosotros también lo sabemos.

C.

Existe además el materialismo social, que no sólo es práctico, sino doctrinal. Poquísimos son los gobiernos, poquísimas las naciones, que en sus leyes y públicamente profesen la religión. Generalmente siguen el laicismo social, y de tal modo se comportan, como si Dios y la Iglesia instituída por Cristo y la ley moral divina no existiesen. Todas las cosas quieren fundar en la razón humana, y en la razón humana descansan, sin que admitan la necesidad de recurrir a la Sagrada Escritura y al infalible magisterio de la Iglesia.

Hay más: no pocos rechazan abiertamente esta competencia de la Iglesia, como hacen la mayoría de los liberales, algunos socialistas, todos los comunistas, y otros numerosos partidos políticos cuyas falsas doctrinas es fácil conocer por sus escritos, sus discursos públicos y sus programas.

A esto añadimos también las sectas masónicas, a pesar de afirmar que no son materialistas, y aunque tributan culto a Dios, en realidad sin embargo no reconocen a un Dios verdadero y personal, y son en grado máximo opuestas a la Iglesia de Dios.

Hoy en día de un modo especial, tales sectas, aprovechando la oportunidad de estar todas las fuerzas de la Iglesia ocupadas en la lucha contra el comunismo, muchas cosas tramán en secreto y preparan nuevas insidias contra la Esposa Inmaculada de Cristo; y en esto colaboran gustosamente con los comunistas y actúan coordinadamente con sus fuerzas unidas.

Instrucciones para la Cruzada Internacional de Oración del
SECRETARIADO CENTRAL DE LAS CONGREGACIONES MARIANAS



A otras muchas causas de no escasa gravedad, que nos preocupan y llenan de dolor, deben añadirse ciertas asociaciones o reuniones, las cuales confederándose con los sectarios de cualquier falsa religión, simulando piedad y afecto hacia la religión, pero llenos, a la verdad del deseo de novedades y de promover sediciones en todas partes, predicando libertades de tal género, promueven perturbaciones en las cosas sagradas y con todo desprecian cualquier autoridad por más santa que sea.

Con el ánimo, pues, lleno de tristeza y pesadamente confiado en Aquél que manda a los vientos y calma las tempestades, escribimos esta carta a Venerables hermanos, para que armados con el escudo de la fe, peleéis valerosamente por los intereses del Señor.

Gregorio XVI. «Mirari vos» 15 de agosto de 1832

ATEISMO LIBERAL

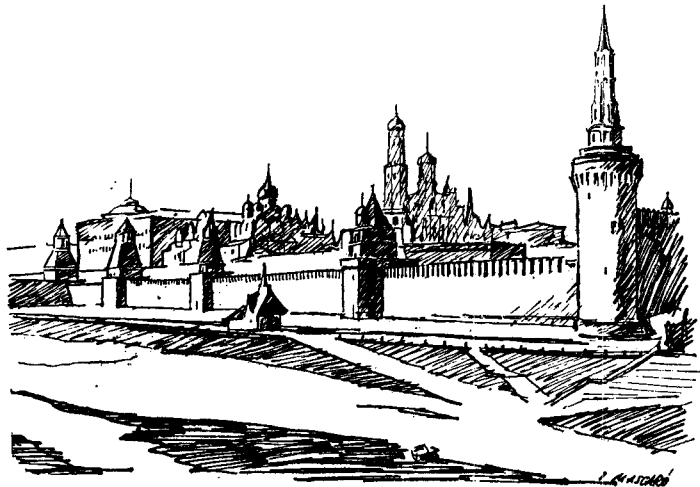
EN la proclama de la Cruzada de Oración y Penitencia, difundida ya en todo el mundo católico, se leen una serie de consideraciones ordenadas a expresar la gravedad extraordinaria de nuestros tiempos. En la enumeración de estos males extraordinarios hay uno expresado con estas sencillas palabras: «El ateísmo, no sólo comunista, sino también liberal, en países que, de sí, son hostiles al comunismo.»

A nuestro modesto entender, en esta afirmación tan escueta se contiene el mayor mal de los que luego se enumeran y la raíz de todos los que le siguen. Difícil será pintar en tan pocas palabras y con igual precisión el cuadro del mundo actual. Una descripción así consigue lo que en términos gráficos decimos «poner el dedo en la llaga».

Esta claridad y sencillez con que se enuncia un mal tan grave y extendido nos mueve tanto más a la admiración cuanto que «el estigma que nuestra época lleva marcado en la frente —según las palabras y el sentir de Pío XII—, causa de su disgregación y decadencia, es la tendencia cada vez más clara a la insinceridad..., que aparece hoy casi elevada a sistema y realzada al grado de una estrategia en donde la mentira, el desvirtuar las palabras y los hechos y el engaño se han convertido en clásicas armas ofensivas que algunos esgrimen con maestría, orgullosos de su habilidad» (1).

En este «torneo de insinceridad», como le llama el Papa, adquiere potente resonancia el aviso que de Roma llega una y otra vez sobre la existencia de un ateísmo liberal en países que hacen constante alarde de anticomunismo. Porque el miedo a la guerra y el temor de perder los bienes y riquezas por la expansión de un movimiento en el que únicamente se ve el atentado contra la propiedad, ha despertado una verdadera fiebre anticomunista de signo puramente negativo en sectores de dudosa o nula espiritualidad. Y como ocurre con todas las tendencias de ortodoxia confusa (De Maistre decía que «las opiniones falsas se asemejan a la moneda falsa que, acuñada al principio por grandes criminales, es consumida después por gentes honradas»), teniendo ésta su origen entre plutócratas interesados en conservar a toda costa lo que adquirieron con métodos no siempre regulares, ha contagiado a sectores más sanos, y hoy son legión los que con la can-

(1) Pío XII. Radiomensaje de Navidad de 1947. *Ecclesia*, tomo XIV, núm. 338 pág. 5.



Kremlin

didez de la paloma y sin la astucia de la serpiente siguen creyendo que no hay más enemigo que el comunismo. Confundidos y aliados los ateos hipócritas con algunos católicos de demasiada buena fe. Esgrimiendo arteramente aquéllos el carácter de enemigo de la Iglesia imputado con injusta exclusividad al comunismo, y especulando con el instinto de conservación que en todos alienta, han levantado una bandera de equívoco significado, bajo cuyos pliegues quieren forzarnos a que militemos sin distinción ninguna los que por la misericordia de Dios nos alimentamos del sagrado depósito de la fe y la verdad católicas y también los que son de esta fe conspicuos adversarios, so pretexto de que un enemigo común, por ellos mimado y alentado, nos arrollará a todos.

Por esto con providencial oportunidad suena la acusación de ateísmo más que de comunismo. Y de ateísmo también liberal. Y esta acusación sale de Roma, de donde sólo brotan palabras de verdad.

«A confesión de parte...

... relevación de prueba». Es un axioma jurídico que viene muy al caso. No quisiéramos faltar en lo más mínimo a la justicia. Por boca de un famoso escritor norteamericano —James Burnham— conocerá el lector el material facticio que, a la luz de las enseñanzas de Pío XI y Pío XII que luego extractaremos, le permita enjuiciar con imparcialidad y fundamento el fenómeno que aquí denunciaremos. Nadie podrá decir con verdad que es una acusación infundada. Reproducimos directamente de «La lucha por el imperio mundial», debido a la pluma de un ciudadano norteamericano muy calificado. Veamos lo que piensa de EE. UU., su propio país, abanderado de este equívoco anticomunismo. Sus confesiones, un poco deshilvanadas, son éstas:

«El origen más general de los errores sobre la naturaleza de los movimientos sociales y políticos es la idea de que las palabras empleadas por los partidarios de tales movimientos en la consecución de sus objetivos y actividades pueden tomarse en su valor literal... pero, con mayor frecuencia, su función, la de las palabras, no tiene relación alguna con la verdad, sino que consiste en expresar, como en una poesía, ocultos sentimientos, esperanzas y dudas» (2). ... «Las realidades de la lucha por el poder (se refiere al imperio sobre todo el mundo) están cubiertas por una capa de vulgaridades pseudomoraes, con las que ciudadanos y dirigentes intentan convencerse a sí mismos de que siempre obran obedeciendo a los motivos más altruistas e ideales» (3).

Los que esperan la paz de las combinaciones políticas y diplomáticas atiendan a estas expresiones del mismo Burnham: «Igualmente equivocada es la idea de que la paz es el objetivo director de una determinada política. La paz puede ser el objetivo supremo de la vida moral individual de una persona; no puede ser la meta de un grupo social organizado como es una nación» (4).

«La sociedad humana es algo más que fábricas...»

... por muy grande que sea el influjo de las fábricas sobre el conjunto social. Y cuando salimos de la esfera

(2) Vid. «La lucha por el imperio mundial» La naturaleza del comunismo, p. 89.

(3) Vid. ob. cit. Cap. V. El objetivo supremo de la política de los EE. UU. aspecto ofensivo, pág. 297.

(4) Vid. ob. cit. Cap. XI. La renuncia del poder, pág. 224.

de la producción, el americano, tan maduro y triunfante en apariencia, resulta ser un desgarrado adolescente» (5).

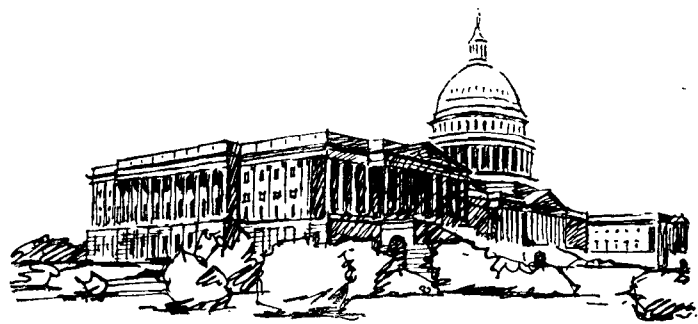
«De esta supremacía en la técnica de la producción se deriva para los Estados Unidos una fuerte inclinación hacia un imperialismo económico estrechamente concebido. Influidos por la potencia de sus fábricas de producción en masa, los directores de la economía americana gustan de imaginar al mundo como un campo abierto que espera la lluvia de mercancías, de dinero y maquinaria americana. Sueñan que pueden proveer de todo al mundo entero y que no necesitan ayuda alguna de otras naciones menos eficientes» (6).

Sobre el punto capital de las relaciones y convivencias de los Estados Unidos con el comunismo afirma lo siguiente: «Después de todas las conferencias —Teherán, Yalta, Postdam— siempre resulta que los EE. UU. han hecho concesiones significativas... Los representantes políticos siempre están cometiendo errores, amontonando confusiones, extraviándose en los procedimientos, teniendo que detenerse, retroceder y partir de nuevo» (7). «En China fué en realidad EE. UU. quien obligó a Chiang-Kai-Shek a que propusiera, en otoño de 1945, la inclusión de los comunistas en el Gobierno de aquel país» (8). «Una coalición Kuomintang-comunista es la clase de régimen chino que se corresponde más exactamente con la idea o imagen total de un mundo que rueda felizmente gracias a la amistosa combinación de Estados Unidos y la Unión Soviética» (9). «El poderío comunista se dirige hacia su climax consciente, deliberadamente. Sus jefes comprenden todo lo que está en juego y han elegido. Todas sus energías, recursos y decisión miran con firmeza a la meta. En cambio, la potencia occidental anda a tientas y dando bandazos. Pocos de sus jefes desean, incluso, comprender, y el no querer elegir es también una decisión moral» (10).

Siguen todavía las acusaciones en estos términos: «Durante muchos de esos años, la política de EE. UU. ha sido exactamente la opuesta (a la que debiera ser): no ha impedido, sino que ha apresurado, la expansión comunista en Eurasia; no ha combatido, sino que ha favorecido, la infiltración comunista por todo el mundo, empezando por los mismos Estados Unidos» (11). «Los comunistas respaldan sin limitaciones a sus amigos y aliados; los EE. UU. tienen temor de verse llamados amigos de enemigos y no se puede confiar en ellos» (12) ... «La expansión comunista dentro de Europa no fué simplemente permitida, sino fué fomentada de modo directo por la política de Estados Unidos» (13).

Ya en el terreno de las soluciones (?), escribe: «El contenido mínimo del «Imperio mundial americano» sería nada más que el propio de una Asociación protectora de pueblos y naciones, en la cual se otorgaría, desde el primer momento, a uno de los miembros de tal asociación y para una finalidad concreta y limitada, un poder especial: el poder de las armas atómicas» (14).

Más rotundo y atrevido, a la vez que inconsecuente, se muestra Burnham cuando, después de excitar más bien la desconfianza en la actuación ideológica y política de su país, afirma sin rodeos y con la seguridad de un «profeta»: «La suerte y porvenir del mundo en esta época la decidirán los Estados Unidos, único país capaz de reunir y dirigir las fuerzas que podrían impedir la victoria



Capitolio

mundial del comunismo» (15). «La realidad es que la única alternativa al Imperio mundial comunista es un Imperio americano que será capaz de ejercer un control decisivo sobre el mundo» (16).

Y cuando ha reducido el círculo de posibles soluciones a un ámbito tan estrecho y sofocante, plantea él mismo, sin contestarla a satisfacción, esta pregunta que, con la duda, encierra el verdadero alcance del problema que trata entre crudas inconsecuencias y tremendas acusaciones: «¿No se convertirán también los Estados Unidos, al fin, en el tirano del mundo si llegaran a ser los directores y jefes del mismo?... Puede ser que sucediera así. No hay seguridad de que no suceda... Muchos americanos tienen un ignorante desprecio para las ideas, la tradición y la Historia, a la vez que una gran complacencia hacia las bagatelas del triunfo meramente material» (17).

No hacía falta una declaración tan explícita y grave cuando con igual claridad se desprende del contenido de los numerosos textos que de intento hemos querido transcribir, aun a trueque de ser un poco extensos. Un lenguaje materialista y burdo es fiel expresión de una ideología igualmente burda y materialista. Ni una ligera corriente de espiritualidad que airee la inteligencia, creada para objetos más altos. Ni una idea grandiosa que enardecza la voluntad. Fuerza, poder, riquezas, mercancía... No en vano, después de hacer mención del ateísmo como primer peligro común a comunistas y liberales, a todos los contingentes y esferas, se refiere el texto de la Cruzada al «materialismo, que es como la religión dominante en nuestra época». El norteamericano Burnham no va a la zaga en esto al comunista Lenin o Trotsky.

De donde se deduce:

1.º Que existe una manifiesta connivencia entre comunistas y representantes occidentales que ha pretendido ser falazmente ocultada y que con abundantes documentos denuncia y confiesa una de las partes, aportando, además, una extensa relación de hechos que son de dominio público.

2.º Que consistiendo el ateísmo no sólo en el hecho de negar teórica y tenazmente la existencia de Dios o combatir contra su Iglesia y ministros, sino también en el de prescindir en todo de Dios y de su Providencia, las palabras y las obras todas de teorizantes, políticos y escritores liberales, militantes la mayoría de ellos en las filas del anticomunismo, responden plenamente a lo que el ateísmo es y significa, y son, de hecho, tan ateos como los que por intereses contrariados se sitúan enfrente de ellos.

3.º Que siendo de la esencia misma del liberalismo las

(Termina en la pág. 221)

(5) Ob. cit. Cap. I. La falta de madurez de EE. UU., pág. 11.
 (6) Ob. cit. Cap. I, pág. 10.
 (7) Ob. cit. Cap. I, pág. 17.
 (8) Ob. cit. Cap. I, pág. 21.
 (9) Ob. cit. Cap. XIV. El objetivo supremo de EE. UU. aspecto ofensivo, p. 273
 (10) Ob. cit. Cap. X. La esencia de la política mundial, pág. 213.
 (11) Ob. cit. Cap. XIV, pág. 262.
 (12) Ob. cit. Cap. XIV, pág. 265.
 (13) Ob. cit. Cap. XIV, pág. 270.
 (14) Ob. cit. Cap. XVII. El imperio mundial y el equilibrio del poder, pág. 347

(15) Ob. cit. Cap. XII. Fines políticos y hechos sociales, pág. 239.
 (16) Ob. cit. Cap. XV, pág. 293.
 (17) Ob. cit. Cap. XVII, págs. 242-343.

¿DONDE ESTA EL ANTICRISTO?

Reproducimos íntegramente el discurso que un imaginario personaje de la novela *Los trabajadores de la muerte* de Ricardo León, dirigió a la hoy extinta Sociedad de Naciones.

Han transcurrido ya veintitrés años desde la fecha en que fué escrita la novela y concebido este discurso. Eso no obstante, las brillantes expresiones que el novelista español pone en boca del personaje creado por su fantasta nos suenan a predicciones de un profeta y sentencias de oráculo. Y es tal la profunda actualidad y verdad que contienen, que parecen concebidas para esa nueva sociedad babélica fruto de la segunda guerra mundial.

«Los trabajadores de la muerte» (*)

«Señores —comienzo en tono menor, irónico y familiar—. Permitid que un hombre como yo, sin pizca de autoridad, de saber ni elocuencia, tan insociable, desgobernado y sin fuste, que nunca entendió de presupuestos ni aranceles, de números ni estadísticas, y aun para hacer sus cuentas tiene que acudir a los dedos de las manos; permitid que, confesando su ignorancia en achaques económicos y su poca afición a los políticos, se atreva a condenar, a combatir en bloque, todo el programa de esta flamante Liga, todo ese espléndido ideario de reconstitución paneuropea...

»Un movimiento de expectación y de asombro se produce en la Cámara. Todos los congresistas se vuelven hacia mí con curiosidad y extrañeza.

»— Empecemos por el título del programa: Los Estados Unidos de Europa. ¡Linda invención! Una utopía, una comedia, un programa de concierto: obertura sentimental, *El sueño de una noche de verano*; la marcha de *Tannhauser*; el *Oro del Rhin*; un intermedio popular, el *Tiperary* o la *Madelón*; una romanza italiana; un vals vienés; una polonesa; una jota, y, para concluir, algo de música rusa con aires orientales: *El Príncipe Igor* o *En las estepas del Asia Central*...

»Tumulto. Me cortan la palabra.

»— ¡Esto no es serio! — se oye decir por todas partes —. ¡Esto es una burla! ¿Quién es ese guasón?

»El presidente agita la campanilla.

»— Perdonad, ¡oh ilustres paneuropeos!, que haya venido a interrumpir la grave seriedad de vuestros debates con unas inocentes ironías...

»— Ruego al orador — me ataja el presidente, un caballero de aire militar, poco amigo de ironías — que se limite a su propósito de discutir el programa...

»— ¡Los Estados Unidos de Europa! — continúo —. Un juego de palabras, un pasatiempo filológico, un nuevo esperanto con que hacerse la ilusión de que en un santiamén se crean una lengua, un estado político o social, un complejo de historia y de psicología humana. ¡Los Estados Unidos de Europa! En el orden lógico es una enorme petición de principio. Y en el orden práctico... ¿qué esconde ese marbete si no es una triste imitación de los Estados Unidos de América, la doctrina de Monroe, el imperialismo mercantil, las artes del monopolio y del *trust*? Aunque ello fuese posible, no digamos nunca al modo yanqui: *Europa para los europeos*, que equivale a decir: *el mundo para Europa*. Digamos a la manera hispánica: *Europa y América y el mundo entero, para toda la humanidad*... Tal debió ser la divisa de la Sociedad de Naciones; pero, desgraciadamente, ni allí ni aquí supo ni quiso Europa redimirse del gran pecado de Versalles, de ese pecado, el único que jamás se perdona según las Sagradas Escrituras: el que se comete contra el Espíritu del Amor. Así pecó el propio

Wilson, y ese pecado fué la causa de su fracaso y de su muerte. Pero ni entonces ni ahora quisieron, los que debían, confesar estas sencillas verdades: que no hay razas superiores ni inferiores, ni hay pueblos ni gentes que hayan nacido para mandar o servir; que todos son obra de Dios, y todos traen su origen del mismo puñado de arcilla, y todos al seno de la tierra han de volver; que todos, en fin, tienen un alma inmortal y pecadora, redimida al precio de la Sangre que goteó en la Cruz... Impenitentes en su pecado de soberbia, los hombres de la paz de Versalles lo transmitieron después a la mal llamada Sociedad de las Naciones. (Y digo así porque este nombre es una ficción. ¿Qué sociedad es ésa donde no están precisamente las naciones más calificadas por su amor al derecho, a la justicia y a la paz?) Yo esperaba aquí el generoso desquite: un espíritu de humildad y penitencia, un ansia de verdad y contrición. Pero en vez de tan cristianas virtudes, de tan espirituales propósitos, hallo un programa de confederación paneuropea, es decir, de imperialismo económico (*made in Washington*), de frente único militar y civil, político y aduanero, curiosa adaptación y mezcolanza del *Zollverein* y la Muralla de la China. Los lúgubres horizontes de estos años de sangre, las trágicas inminencias del porvenir, no inspiran, por lo que veo, a los grandes hombres de Occidente más que un programa ramplón de arbitrios económicos, una política de presa, una unión de intereses materiales, la añeja avidez de las colonias y los mercados, de los ejércitos y las dominaciones; un lenguaje realista, crudo, inmoral, que suena a látigo y espuela, que sabe a sangre y sudor, que huele a miedo y a pólvora, que entre esos tópicos y bordoncillos del frente único, la unión sagrada, el régimen de fuerza, viene a expresar como desoladora conclusión que hay que escoger entre el imperialismo o el hambre, porque en Europa, según la bárbara frase de Hoover, repetida aquí con la mayor tranquilidad, *sobran cien millones de hombres*... Ante esas cifras, que son carne y espíritu, que hoy son miseria y dolor y mañana tal vez nuevas sangrías de guerras y revoluciones, yo, que no entiendo de números, pero sí de caridad cristiana, digo que quienes sobran en Europa y en el mundo entero son los culpables de ese dolor, de esa miseria universal, quienes cotizan a los hombres como cifras, como cuerpos sin almas, como carne de trabajo y de cañón...

»Mis palabras rebotan como proyectiles en medio de un silencio hostil, cargado ya de impacencias, de interrupciones y de enojos. El presidente me ataja una y otra vez esgrimiendo a cada instante la campanilla y el reloj.

»— Señores — continúo levantando el gallo —. Oid sin prejuicio ni acritud la voz de un hombre sincero que os trae las voces del mundo, de un nuevo mundo que se está forjando más allá de vuestras fronteras... Yo estuve en Rusia y en Oriente; vi con mis propios ojos el renacer de pueblos y culturas, el despertar de inmensas muchedumbres sacudidas por un nuevo ideal que aspira a suplantarnos y a combatirnos con vuestras propias armas... Pero más que

(*) Novela de Ricardo León, obra completa, vol. I, págs. 1323-1327. Biblioteca Nueva, Montiel, 1944.

ese peligro exterior me espanta vuestra actitud de impenitencia... Tras los errores de ayer, tras las catástrofes del presente, sobre las ruinas y devastaciones no reparadas aún de esta Europa infeliz, culpable y dolorosa, pero no arrepentida ni escarmentada; frente a ese nuevo mundo bárbaro, joven, agresivo, que está naciendo con rojas lumbreras por donde nace el sol; frente a la formidable multitud de fenómenos históricos y sociales que hoy estremecen la tierra; contra el riesgo imponente de ese mundo agitado y sacudido por los demonios tentadores, por los huéspedes infernales del Kremlin, ¿qué hace Europa, qué hacéis, qué decís vosotros, políticos, diplomáticos, financieros, hombres de inteligencia y de voluntad, príncipes de los reinos y las repúblicas de Occidente, qué soluciones proponéis? Ni una sola vital. Ni una sola que acuda a la necesidad más apremiante de una cultura en decadencia: a la restauración de los valores de su Espíritu.

»— El Congreso — me interrumpe una voz desde los escaños — aguarda impaciente “las soluciones vitales” de su señoría...

»— Las soluciones — dice otra voz — para dar la batalla al comunismo, para resolver los problemas económicos de Europa...

»— Yo no he venido a resolver problemas económicos — replico a los interruptores —. Yo he venido a decir algo más entrañable y substancial, de una absoluta sencillez, algo muy viejo y, sin embargo, eternamente joven, de una divina y humana y maravillosa novedad.

»Viva expectación acoge mis últimas palabras.

»— Señores, lo que hay que oponer a Moscú no es un frente de guerra, ni un *encerclément* diplomático, ni un sistema de ideales materialistas, políticos o económicos..., sino, sencillamente, el Evangelio.

»Al oír tal esta asamblea de graves y sesudos varones representantes de la Europa cristiana, esta grey de sociólogos, economistas, diplomáticos, legisladores, intelectuales, hombres de ciencia, embajadores de la cultura occidental, se agita con un movimiento de extrañeza, de hostilidad y de burla. Sonrisas maliciosas, palabritas al oído, alguno que otro carraspeo, frases y chistes ingeniosos volando como saetas por el salón.

»— Supongo — digo — que, aparte las ideas religiosas de cada cual, estando aquí presentes los delegados de las naciones que se dicen cristianas y en virtud

de un principio moral como lo es acudir al peligro de la cultura cristiana, no ha de párecer impertinente ni extraño mentar el Evangelio de Cristo como si se tratase del Corán, del Ramayana o del Tao...

»Nuevo rumor de extrañeza. Nuevas sonrisas más o menos diplomáticas. Nuevas palabritas al oído.

»— Pero, ¿quién es este señor — oigo decir — que se nos viene con tales monsergas y humoradas? ¿Un irlandés? ¿Un puritano? ¿Un pastor protestante? ¿Un pope? ¿Un *camelot du roi*?

»— ¡Un *pétit espagnol!* — dice junto a mí un *monsieur décoré*, uno de esos “que ignoran la geografía” y que, por ignorarlo todo, “hablan en prosa sin saberlo”.

»— ¡Un españolito! — repite a su lado otro buen señor, también *décoré*, según malas lenguas, por su dulce esposa.

»Y ambos sonrien a la par, con una sonrisa inteligente que quiere decir: “¡Ahora me lo explico todo!” Por estas dos *mentalidades europeas* ha debido de pasar, como un relámpago, todo el tropel de tópicos de la *España Negra*, la Inquisición, los autos de fe, sin olvidar las corridas de toros y la navaja en la liga...

»— Señores — continúo impasible y dispuesto a “cargarme al publiquito” y a matar el toro con todas las de la ley —. Perdonad la decepción... Sin duda esperabais de mí en punto a “soluciones vitales” algo más original que una sencilla apelación al Evangelio... Yo ya sabía (y de aquí el porqué de la profunda decadencia de Europa) cuán extraño, inoportuno y hostil habría de parecer todo propósito ajeno a los puros intereses materiales. Pero yo soy un español, un caballero cristiano y creo que el Evangelio es la única fuente de vida para los hombres, la única solución para todos los males del mundo... Perdonad, repito, si en mi vehemencia española y un poco africana (a mí no me ofende oír que “el Africa empieza en los Pirineos”) viene a soliviantar vuestro escepticismo, vuestra vanidad europea... Pero no me arrepiento. Quise aprovechar la ocasión que me brindaron al traerme aquí para deciros lo que siente y piensa un “pequeño español” sin más autoridad que la de una “pequeña” y en cierto modo “platónica” delegación diplomática, pero asistido del grande espíritu de un pueblo por doble razón universal, como pueblo católico y padre de veinte naciones en la tierra, para lanzar un “yo acuso” frente a las culpas imperdonables



Réstanos ahora amonestar y excitar con todo el celo de nuestro paternal corazón a los fieles afiliados a esta secta, que vuelvan a mejor acuerdo, y que se aparten de estas funestas sociedades para que no caigan en el abismo de sempiterna perdición; y a todos los demás fieles, en virtud del solícito celo de sus almas que nos anima, exhortamos fervorosamente a que se guarden de las engañosas palabras de los sectarios, que simulando probidad arden en odio contra la Religión de Jesucristo.

Procuren conocer que estos tales sectarios son aquellos lobos de quienes Jesucristo predijo que vendrían disfrazados con piel de oveja para devorar el rebaño, y ténganlos, por tanto, en el número de aquellos, de cuyo trato y compañía en tal manera quiso alejarnos el Apóstol, que nos mandó que ni les saludásemos siquiera.

Pío IX. Allocución de 25 de septiembre de 1865

de Europa, frente a la contumacia en sus errores de esta sociedad europea que ha perdido su alma y está a punto de perder hasta el instinto de conservación. ¡Yo acuso a Europa del gran pecado de soberbia, de ese pecado de Satán, de esa terrible subversión de los valores del espíritu que es hoy el dogma de la nueva Rusia! ¡Yo acuso a Europa de haber crucificado a Cristo en su corazón y hecho ultraje y mercadería de su Ley! ¡Y ahora ella, la culpable de ese pecado histórico, de ese enorme pecado contra Dios, reniega también del fruto de su culpa! Pues, ¿quién si no Europa trajo en sus entrañas el germen de todos esos nuevos idearios y aun puso en línea de combate a los pueblos de Oriente y a las razas de color? Todos los fermentos de vuestra cultura europea, infiel a su misión histórica, infiel a su misión cristiana; todos los explosivos y fulminantes de vuestra civilización materialista y atea, hija natural del Renacimiento pagano, de los cismas y las revoluciones, "fruto podrido antes que maduro", según la enérgica frase de Diderot, comienzan a estallar contra vosotros allí, en las tierras antes dormidas o salvajes adonde fuisteis a llevar la Cruz, pero en el puño de la espada, en la mano derecha el Catecismo y en la siniestra la argolla del esclavo... ¡No hizo así España, la de la *leyenda negra*, la que precisamente por cristiana también fué puesta en la cruz!... ¡Y ahora os asom-

bra y enfurece que al aprender vuestras lecciones, al instruirse en vuestras propias aulas, en vuestros libros y papeles, en parlamentos y tribunales, en sanedrines y pretorios, esas razas, esas muchedumbres, las que volcasteis en los campos de batalla de Europa, como rebaños de hostigadas reses en las carnicerías de la guerra, empiecen a despertar, a ver y comprender, a lanzarse contra vosotros, con humos de revolución universal bajo las banderas rojas de Moscú! ¡Y ahora os sorprende que esas razas, hijas de Dios también, pero a quienes pusisteis como otro hierro de esclavitud el nombre de inferiores; que esas multitudes, a las que no supisteis acercaros sino para destruirlas o envilecerlas; que esos pueblos sin ventura a los que no quisisteis educar para el amor de Cristo y de los hombres, sino para la servidumbre, para la guerra y el odio; y ahora os sorprende que al rechazar vuestra espada rechacen también la Cruz! ¿Qué hicisteis de la Cruz vosotros, pueblos cristianos de Occidente? ¿Qué hicisteis de la fe de Cristo, doctores de la Ley, sepulcros blanqueados, raza de víboras, fariseos, hipócritas, mercaderes del templo? ¿Dónde está el Anticristo? ¿Allí o aquí?

»Mis últimas palabras se ahogan en un tumulto formidable. Todos los semblantes y los brazos se tienden en un haz de cóleras contra mí. Yo me siento y aguardo que pase la tempestad. Una tempestad en un vaso de agua turbia...»

Instrucción de la Suprema Congregación del Santo Oficio al Episcopado de todo el mundo

La Iglesia Católica, aunque no toma parte en los Congresos y demás reuniones ecuménicas, no obstante nunca ha dejado, según se desprende de muchos documentos pontificios, ni dejará en adelante, de interesarse, con vivísimos deseos, y de fomentar con asiduas preces a Dios todos los esfuerzos que tiendan a obtener lo que tan en el Corazón tuvo Cristo nuestro Señor, es decir, que todos aquellos que creen en Él «sean consumados en la unidad» (San Juan, XVII, 23).

Porque ella abraza con afecto verdaderamente maternal a aquellos que vuelven a ella como a única verdadera Iglesia de Cristo; por lo cual nunca se aprobarán y se promoverán bastante aquellos proyectos y aquellas iniciativas que, con el consentimiento de la autoridad eclesiástica, se tomaron y llevan a cabo para instruir debidamente en la fe a quienes están para convertirse, o para dar a los convertidos un más profundo conocimiento de ella.

Ahora bien, a causa de acontecimientos externos y de cambios en la disposición de ánimo, pero sobre todo por los méritos de las oraciones comunes de los fieles, bajo la inspiración de la gracia del Espíritu Santo, en muchas partes del mundo ha venido creciendo de día en día en el corazón de muchas personas separadas de la Iglesia Católica, el deseo de que todos aquellos que creen en Cristo nuestro Señor retornen a la unidad. Lo cual, sin duda, constituye para los hijos de la verdadera Iglesia un motivo de santa alegría en el Señor y juntamente una invitación a ayudar a aquellos que buscan sinceramente la verdad, pidiendo para ellos a Dios con insistentes plegarias la luz y la fuerza necesarias.

Pero ciertas tentativas hasta ahora hechas por particulares o por algunas asociaciones de reconciliar con la Iglesia Católica a los cristianos disidentes, aunque estén inspiradas por óptimas intenciones, no siempre se fundan so-

bre rectos principios, y, si alguna vez se apoyan en ellos, con todo, no están exentas de ciertos peligros, como aun por la experiencia se ha demostrado. Por ello, esta Suprema Sagrada Congregación, a la que incumbe el deber de conservar íntegro y de defender el depósito de la fe, ha juzgado oportuno recordar y prescribir cuanto sigue:

I. — Puesto que la antedicha «reunión» es, sobre todo, cargo y deber de la Iglesia, es necesario que los Obispos a quienes el «Espíritu Santo puso para regir la Iglesia de Dios» (Act. Ap., XX, 28) se dediquen a ella con un cuidado particular. Así, pues, no sólo deberán vigilar con diligencia y eficacia todas estas actividades, sino promoverlas y dirigirlas con prudencia, bien para ayudar a aquellos que buscan la verdad y la verdadera Iglesia, bien para alejar de los fieles aquellos peligros que fácilmente se siguen de la acción de dicho «movimiento».

Por estos motivos deben, ante todo, estar perfectamente al corriente de cuanto en sus Diócesis se ha hecho y continúa haciéndose por aquel movimiento. A este fin designarán sacerdotes idóneos que, «teniendo presentes la doctrina y las normas prescritas por la Santa Sede», por ejemplo, en las Encíclicas «Satis Cognitum» (Act. Leonis XIII, volumen XVI, 1897, págs. 157 y ss), «Mortalium animos» (Act. Ap. S. XX, 1928, p. 5 y ss.) y «Mystici Corporis Christi» (Act. Ap. S. XXXV, 1943, p. 193 y ss.), sigan atentamente todo cuanto concierne al Movimiento y den relación de él a los mismos Obispos del modo y en el tiempo que se establezca.

Con cuidado particularísimo ejercitarán su vigilancia sobre las publicaciones que en cualquier forma sean editadas por católicos sobre este tema, y solicitarán la observancia de los sagrados cánones «De praevia censura librorum eorumque prohibitionem» (Cánones 1384 y ss.). Lo mismo harán con análogas publicaciones de los acatólicos que fueren editadas, leídas o vendidas por católicos.

Igualmente procurarán con diligencia a los acatólicos que deseen conocer la fe católica aquellos medios que pueden servir a tal fin; designarán las personas y los lugares donde estos acatólicos puedan presentarse y pedir consejo; proveerán, todavía con mayor solicitud, para que quienes ya se han convertido puedan encontrar con facilidad los medios de instruirse más detallada y más profundamente en la fe católica; lo mismo harán para que los convertidos puedan comenzar una activa vida religiosa, especialmente por medio de reuniones y asociaciones apropiadas, de ejercicios espirituales y de otras prácticas de piedad.

II.— En cuanto al *método que ha de seguirse en este trabajo*, los mismos Obispos prescribirán lo que debe hacerse y lo que debe evitarse, y exigirán que sus prescripciones sean observadas por todos. Igualmente vigilarán para que, con el pretexto de que se debería dar mayor consideración a aquello que nos une a aquello que nos separa de los acatólicos, no se favorezca el peligroso indiferentismo, especialmente entre aquellos que están poco formados en materias teológicas y practican poco la religión.

Debe, efectivamente, evitarse que, por un espíritu que hoy llaman «*irénico*», la doctrina católica (trátese de dogmas o de verdades en conexión con los dogmas), sea de tal manera conformada o en cierto modo acomodada a las doctrinas de los disidentes (y esto con el pretexto del estudio comparado y por el vano deseo de cierta asimilación progresiva de las diferentes profesiones de fe), que por ello sufra detrimento la pureza de la doctrina católica y se oscurezca su sentido genuino y cierto.

Se debe también evitar aquel peligroso modo de hablar del que se originan opiniones falsas y esperanzas falaces que no pueden jamás realizarse, como, por ejemplo, diciendo que no debe tomarse en tanta consideración la enseñanza de los Romanos Pontífices, contenida en las Encíclicas, sobre el retorno de los disidentes a la Iglesia, sobre la constitución de la Iglesia y sobre el cuerpo místico de Cristo, porque no es todo de fe, o bien (lo que es mucho peor) porque en materia de dogmas ni siquiera la Iglesia Católica posee ya la plenitud de Cristo, sino que puede ser perfeccionada por otras Iglesias.

Tomarán diligentes precauciones e insistirán en ellas con firmeza, no sea que, al exponer la historia de la reforma y de los

reformados, así se exageren los defectos de los católicos y disimulen las culpas de los reformados, o de tal modo lo que es más bien accidental se ilustre, que lo que es principalmente esencial, es decir, la apostasia de la fe católica, apenas ya aparezca y se sienta. Finalmente, cuidarán de que, por un celo exagerado y falso o por imprudencia y excesivo ardor en la acción, no se dañe más que se sirva al fin propuesto.

Por tanto, la doctrina católica se ha de proponer y exponer toda íntegra: no se podrá, en manera alguna, pasar en silencio o encubrir con palabras ambiguas lo que la verdad católica abraza sobre la verdadera naturaleza y sobre los medios de justificación, sobre la constitución de la Iglesia, sobre el Primado de Jurisdicción del Romano Pontífice, sobre la única verdadera unión que se cumple con el retorno de los disidentes a la única verdadera Iglesia de Cristo. Sean éstos instruidos de que, al retornar a la Iglesia, no perderán ninguna parte del bien que, por la gracia de Dios, ha nacido hasta ahora en ellos, sino que, con su vuelta, será aquél completado y consumado. Con todo, no deberá hablarse de este tema de un modo tal que ellos vengan a creer que con su retorno traen a la Iglesia un elemento substancial que en la misma hasta aquí hubiese faltado. Estas cosas deben decirse clara y abiertamente, tanto porque ellos buscan la verdad, cuanto porque fuera de la verdad nunca podrá obtenerse verdadera unión.

III.— Es totalmente necesaria la particular vigilancia y la dirección de los ordinarios en lo que toca a *las reuniones y conferencias mixtas de católicos con acatólicos*, que en estos últimos tiempos han comenzado a ser organizadas en muchos lugares para promover la «reunión» en la fe, porque, si bien es verdad que ofrecen la deseada ocasión de difundir entre los no católicos el conocimiento de la doctrina católica, todavía por ellos, frecuentemente, no bastante conocida, con todo, por otra parte, llevan fácilmente consigo para los católicos no leves peligros de indiferentismo. Cuando se vea brillar cierta esperanza de fruto bueno, el ordinario procurará que el asunto sea bien dirigido, designando para tales reuniones sacerdotes aptísimos, que expongan y defiendan la doctrina católica de modo apto y conveniente. Pero los fieles no asistan a tales reuniones sin un especial permiso de la autoridad eclesiástica, que solamente se ha de dar a aquellos que se conoce ser bien instruidos y firmes en la fe. Pero cuando no aparezca es-



Lo que sobre todo importa es ver confirmada por los hechos la previsión de nuestros predecesores. En espacio de siglo y medio la secta de los masones se ha apresurado a lograr aumentos mayores de los que podía esperarse, y entrometiéndose por la audacia y el dolo; en todos los órdenes de la sociedad, ha comenzado a tener tanto poder que parece haberse hecho casi dueña de los Estados. De tan rápido y terrible progreso se ha seguido en la Iglesia, en el poder de los príncipes y en la salud pública la ruina prevista muy de atrás por nuestros predecesores y se ha llegado al punto de temer grandemente para lo venidero, no ciertamente por la Iglesia, cuyo fundamento es bastante firme para que pueda ser socavada por esfuerzo humano, sino por aquellas mismas naciones en que logra gran influencia la secta de que hablamos.

León XIII. «Humanum genus» 20 de abril de 1884

peranza de fruto bueno o cuando el asunto, por otras razones, llevase consigo ciertos particulares peligros, sean los fieles prudentemente alejados de tales reuniones, y las mismas reuniones se disolverán a tiempo, o se extinguirán poco a poco. Y porque la experiencia enseña que las grandes reuniones de este género suelen producir poco fruto y mucho peligro, no se permitan sino después de diligentísimo examen. A las conferencias entre teólogos católicos y acatólicos se deben mandar solamente sacerdotes que, por su ciencia teológica y por su firme adhesión a los principios y a las normas establecidas por la Iglesia en esta materia, hayan dado pruebas de ser verdaderamente aptos para ello.

IV.—Todas las antedichas conferencias y reuniones, públicas y no públicas, amplias y reducidas, organizadas de propósito para que tanto la parte católica como la no católica, con el fin de discutir, traten cuestiones de fe y de moral y expongan como propia la doctrina de su credo, haciéndolo como de igual a igual, están sometidas a las prescripciones de la Iglesia, que en el *Monito* «Cum comperfum» de esta congregación dado a 5 de junio de 1948 (A. A. S., vol. XL, 1948, p. 257), quedaron recordadas. Así que las reuniones mixtas no se prohíben absolutamente, pero no deben ser celebradas sin el permiso previo de la autoridad eclesiástica competente.

Sin embargo, no quedaron sujetas al *Monito* las instrucciones catequísticas, aunque se impartan a muchas personas juntamente, ni tampoco las conferencias en las cuales se expone la doctrina católica a los acatólicos que están para convertirse, aunque, presentándose ocasión, los acatólicos expongan la doctrina también de su iglesia, para que se les dé a conocer con claridad y ponderación los puntos en que ella concuerda con la doctrina católica y aquellos en que difiere de ella.

Ni dicho *Monito* se refiere tampoco a las reuniones mixtas de católicos y acatólicos en que no se trata de fe y de moral, sino se delibera por qué camino, unidas las fuerzas, se defiendan contra los enemigos de Dios coaligados los principios fundamentados del derecho natural o de la religión cristiana, o se trate de reintegrar el orden social u otras cuestiones de este género. Y en estas reuniones, como es evidente, no es lícito a los católicos aprobar o admitir algo que no sea congruente con la divina revelación o doctrina de la Iglesia, aun en materia social.

Respecto de las conferencias y reuniones *locales*, de que, según lo expuesto en el *Monito*, se da a los ordinarios por tres años, a contar desde el día de la publicación de esta instrucción, la facultad de conceder la previa licencia requerida de la Santa Sede sujeta con todo a estas condiciones:

1.^a Que se evite totalmente la «comunicatio in sacris».

2.^a Que las mismas conferencias sean debidamente vigiladas y dirigidas.

3.^a Que al fin de cada año se haga una relación a esta Suprema Sagrada Congregación, en la que se diga en qué lugares se han tenido las reuniones y las experiencias que de ellas se han recogido.

En cuanto a las *conversaciones de teólogos*, de las que antes se ha hablado, se concede la misma facultad por el mismo periodo de tiempo al Ordinario del lugar donde se tengan tales conversaciones, o bien al Ordinario que haya sido delegado, de común acuerdo con los otros Ordinarios, para dirigir esta obra, con las condiciones arriba designadas, pero de suerte que, además, se dé cuenta a esta Sagrada Congregación de las cuestiones tratadas, de quiénes han intervenido y de quiénes hubieren sido los ponentes por ambas partes.

Termina en la pág. 223

(Viene de la pág. 205)

Sermón de S. S. a los fieles de Roma y del mundo

de insensatos actos de rebelión contra la vida y contra su Autor viene a confirmar este aserto, porque con pretensión anticristiana se trata de excluir de la vida todos sus sufrimientos.

»¡Saber cómo soportar la vida! Esa es la primera penitencia de todo cristiano, la condición primordial y el primer medio de santidad y de perfección.

Abrazad con valor la cruz de cada día

»Con la dócil resignación propia de quien cree en un Dios justo y bueno y en Nuestro Señor Jesucristo, maestro y guía de los corazones, abrazad con valor la cruz de cada día, a menudo pesada, que al llevarla con Jesús se torna más ligera.

»Pero las condiciones particularmente graves de la hora presente impelen a los cristianos, con mayor fuerza que nunca, a completar en sí mismos lo que aun falta en los sufrimientos de Cristo (Col., 1, 24), no sólo con el deseo de ofrecer mayor reparación por la iniquidad que se comete, y de dar más de un signo y una prueba seguros de la sinceridad de su retorno, sino también de contribuir a la salvación de todos los redimidos.

»Que por eso todos los cristianos, penitentes e inocentes, hermanados en la intención y en la obra de una nueva y saludable expiación, se unan al Supremo Pastor de las almas y único Salvador suyo, Jesucristo, el Cordero del sacrificio que borra los pecados del mundo. Allí está Él en nuestros altares para renovar cada hora el sacrificio del Gólgota.

»Que el ejército de almas que hoy se consagran a obras de expiación en la vasta Iglesia de Dios se movilice al unísono con Él y en virtud de su gracia en esta fecha sa-

grada. Porque los sufrimientos aceptados con pronta resignación cristiana o escogidos voluntaria y generosamente han de devolver a la decadente Humanidad el carácter cristiano, constituyendo un saludable contrapeso a los crímenes humanos en la balanza de la justicia divina.

Invocación

»Sí, ¡oh, Jesús crucificado!, que deificasteis a la humana naturaleza al asumirla Vos mismo; que después de predicar justicia, caridad y bondad, y convertir al rico y al poderoso en fortaleza del pobre y del débil, disteis con vuestra pasión y muerte la gracia y la salvación al género humano, volved vuestras amantes miradas a este pueblo que, en unión con los fieles del mundo entero, se postra a vuestros pies en espíritu de penitencia e implora vuestro perdón para sí y también para aquellas infelices criaturas que deliberadamente quisieran arrojaros otra vez de sí, profanándoos en el vil orgullo de sus inteligencias o en la vacua sensualidad de su carne.

»¡Oh, Señor, salvadnos, que perecemos! Calmad las olas del tempestuoso mar de nuestro espíritu, sed nuestro compañero en la muerte y en la vida, nuestro juez misericordioso. Que no se desaten los rayos de un castigo bien merecido, y que en su lugar descienda sobre la redimida Humanidad la lluvia nueva y generosa de vuestra misericordia. Apagad los odios y encended el amor, dispersad con el aliento poderoso de vuestro espíritu los designios y las maquinaciones de dominación, de destrucción y de guerra. Dad pan a los pequeñuelos, casa a los desamparados, empleo a los desocupados, concordia a las naciones, paz al mundo, y a todos la recompensa de la eterna felicidad. Amén.»

(Viene de la página 215)

ATEISMO LIBERAL

dos notas, ateísmo y materialismo, no existe incompatibilidad ni oposición radical entre los principios sustentados por los liberales con las obras que son su consecuencia, y las que deflenden los comunistas.

Pío XI aclara este punto

«Querer obtener el fin —dice— con medios puramente económicos o políticos es quedar a merced de un error peligroso. Y cuando se excluye la religión de la escuela, de la educación, de la vida pública, y se expone al ludibrio a los representantes del Cristianismo o a sus sagrados ritos, ¿no se promueve, por ventura, el materialismo, de donde germina el comunismo?» (18).

¿Acaso —preguntamos nosotros— se refiere Burnham a otros medios que no sean económicos y políticos? ¿Menciona alguna vez a Dios como Gobernador universal y providente, cuya intervención en la vida de los hombres y de los pueblos es necesaria y decisiva? ¿No rebosan todas sus expresiones ni está saturada toda su obra de ese materialismo que Pío XI considera como el germen del comunismo? ¿Y no exponen de continuo al ludibrio, no a los representantes del Cristianismo, sino a Cristo mismo, los políticos occidentales que en todo y en absoluto prescinden de Él y de sus enseñanzas?

Siendo, pues, las soluciones que Burnham propone y las orientaciones que sustenta, la antítesis de lo que sustenta y propone el Papa que tan fulminantemente condenó al comunismo, y no siendo Burnham un caso particular y aislado con pensamiento propio, sino fiel reflejo del ambiente que respira y alavoz de las ideas que le rodean, ¿habrá quien dude de la filiación atea y materialista de los principios en que se apoya para rebatir una ideología y una postura que es fruto inevitable de aquellos mismos principios suyos?

«Ni la fuerza, aun la mejor organizada —continúa Pío XI—, ni los ideales terrenos, por más grandes y nobles que sean, pueden dominar un movimiento (el comunista) que tiene sus raíces precisamente en la demasiada estima de los bienes de la tierra» (19).

(18) Pío XI. Enc. Divini Redemptoris.

(19) Pío XI. Enc. Divini Redemptoris.

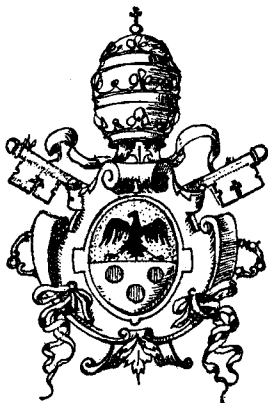
Y Pío XII, al condenar una vez más al ateísmo, que es la plaga moderna, no alude precisamente a los que de una manera abierta y descarada combaten a Cristo y su Iglesia (los comunistas), sino que con dureza y claridad indica este otro tipo de ateísmo más solapado y no menos feroz y criminal. Estas son sus palabras: «Este descuido y menosprecio (de Dios), que fué el primer delito del hombre al rebelarse contra el divino mandato, es la fuente más turbia de todos los males, y en los tiempos actuales se introduce y se ensaña, como enfermedad virulenta, por casi todas las partes de la tierra... Priva al hombre de Dios y le roba así su dignidad espiritual, le hace juguete innoble del materialismo y destruye totalmente todo lo que sea virtud, amor, esperanza y hermosura de la vida interior. Nos referimos al ateísmo...» (20).

¿No se revela, a través de todas las afirmaciones de Burnham, este descuido y desprecio de Dios al prescindir en absoluto de Él para la ordenación de la sociedad, que sólo quiere hacer descansar en la fuerza de armas atómicas y en combinaciones tan artificiosas como inútiles y fracasadas? ¿Y no es ésta misma la conducta que observan públicamente los representantes de las potencias occidentales, que, arrogándose el título de cristianos, prescinden siempre y en todo de Cristo y de su Iglesia y que expresa e intencionadamente han excluido el nombre mismo de Dios en sus Asambleas y conciliábulos? ¿Qué es esto sino ateísmo? ¿Y qué son sino liberales los que, practicándolo, tienen la osadía de querer representar y defender una civilización que debe su gloria y su existencia misma al influjo bienhechor de la Iglesia católica?

A la vista de las consideraciones calçadas sobre la confesión de un primate de esta cómoda y artificial postura anticomunista que cotejamos con las más recientes orientaciones pontificias, se nos ocurre una pregunta: en una Cruzada católica contra el materialismo y el laicismo dominantes, la colaboración con los corifeos del liberalismo, anticomunista por conveniencia y ateo de profesión, ¿desempeñaría algún otro papel que no fuera el de la confusión y el del engaño?

Roberto Coll Vinent

(20) Pío XII. Exhortación apostólica. Ecclesia, tomo XVI n.º 397, pág. 6.



Una y poderosa ayuda a la difusión del comunismo es esa verdadera conspiración del silencio ejercida por una gran parte de la prensa mundial no católica. Decimos conspiración, porque no se puede explicar de otro modo el que una prensa tan ávida en poner de relieve aun los más menudos incidentes cotidianos, haya podido pasar en silencio durante tanto tiempo los horrores cometidos en Rusia, en Méjico y también en gran parte de España, y hable relativamente poco de una organización mundial tan vasta cual es el comunismo moscovita.

Este silencio se debe en parte a razones de una política menos previsora y está apoyado por varias fuerzas ocultas, que desde hace tiempo tratan de destruir el orden social cristiano.

Pío XI. «Divini Redemptoris» 19 de marzo de 1937

EL CLERO INDIGENA AVANZA

La Iglesia católica, a lo largo de su historia, ha proclamado siempre la necesidad del clero indígena. Así lo pedía la naturaleza misma de la Iglesia, y lo exigía el crecimiento natural de las Misiones. Pero no pocas veces, circunstancias especiales impidieron la constitución de un numeroso y bien formado sacerdocio indígena.

Los últimos Papas

Aunque en los últimos tiempos cabe al Papa León XIII la gloria de haber promovido decididamente la formación del clero indígena con su célebre Encíclica «Ad Extremas Orientis plagas» y con la fundación del Seminario de Kandy (Ceilán), en 1894, corresponde, sin embargo, a los tres últimos Pontífices del siglo XX el haber encauzado definitivamente, por las vías de su verdadera solución, el problema del clero indígena.

Benedicto XV, en la Encíclica «Maximum illud», proclama que el clero indígena es de absoluta necesidad y de verdadera urgencia, y afirma su posibilidad actual en todas las razas y pueblos.

Pío XI, en la «Rerum Ecclesiae», refrenda y perfecciona los conceptos del Papa anterior y traza normas sapientísimas para su formación.

Pío XII, en su primera Encíclica, «Summi Pontificatus», afirma terminantemente que «quiere avanzar sin indecisiones por el mismo camino», y en la «Saeculo exeunte» declara: «Nuestro mayor y más ardiente anhelo es que... en las demás circunscripciones eclesiásticas... surja dentro de poco tiempo un ejemplar clero indígena.»

Progresión consoladora

En 1800 no había en países evangelizados sino 550 sacerdotes indígenas, de los que 400 pertenecían a Goa, Patriarcado portugués; 119, a Indochina; 20, a China; 2, a Siam, y 2, a Birmania.

En 1900 se acercaban al millar los sacerdotes indígenas. Hoy pasan de los 7.000. Y esto sin contar los pertenecientes a las diócesis de rito oriental de la India, Próximo Oriente y Africa del Norte.

Ni en 1800 ni en 1900 había en esas tierras ningún obispo de rito latino. Hoy, los prelados indígenas son 73, de los cuales 30 en China, 1 en Formosa, 12 en la India y Ceilán, 16 en el Japón, 5 en Corea, 3 en Africa, 3 en Indochina, 1 en Oceanía y 1 en Thailandia (Siam).

Resumen por países

AFRICA. — Sólo son 400 sacerdotes. Y éstos, con enormes sacrificios. Durante veinte años pasaron por el Seminario de Uganda 1.300 jóvenes antes de que en 1913 2 de ellos llegaran a las gradas del altar. Los actuales no tienen que luchar con ambiente tan hostil como antaño.

INDOCHINA. — Sus 1.472 sacerdotes indígenas suponen el triple de los extranjeros. De piedad tradicional y de vasta cultura, están muy bien preparados para las grandes dificultades que está atravesando su patria.

INDIA Y CEILÁN. — 3.000 sacerdotes indígenas; doble que los extranjeros. Por la división en castas surgen inconvenientes para un proselitismo eficaz.

CHINA. — 2.000 sacerdotes indígenas; tantos como extranjeros. Actualmente sufren la persecución del comunismo y están dando pruebas magníficas de celo y firmeza en la fe.

JAPÓN. — 174 sacerdotes solamente; muy pocos en relación con los demás países. Actualmente florecen más las vocaciones, especialmente entre jóvenes de cultura.

Los Seminarios

Para dotar a las Misiones de abundante y escogido clero se precisan muchos Seminarios.

Actualmente existen en las Misiones 284 Seminarios menores, con 12.277 alumnos, y 93 Seminarios mayores, con 3.853 estudiantes.

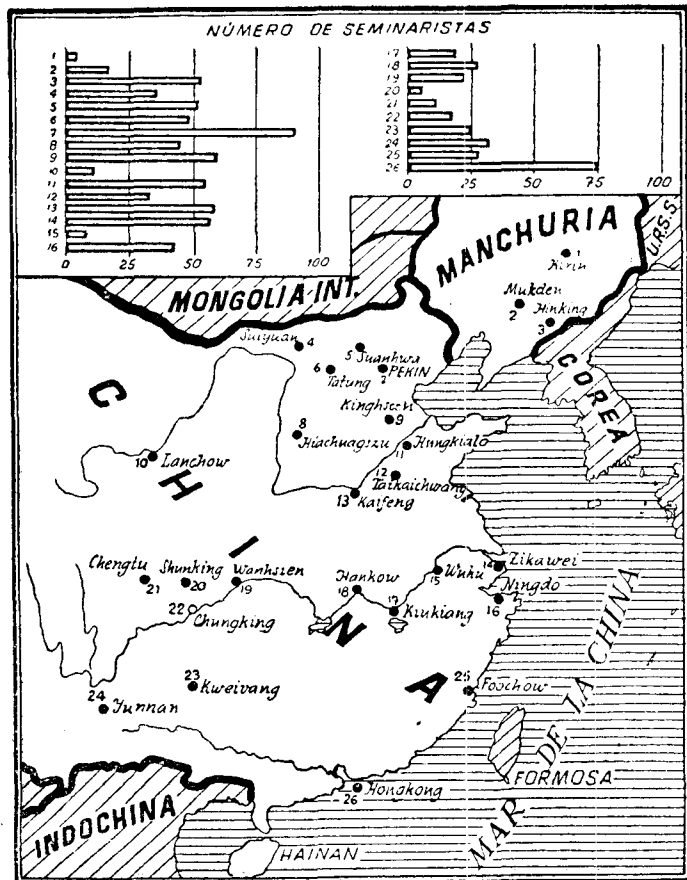
El país que tiene más seminaristas mayores es China, con 1.010; viene después India, con 957; Africa, con 925; Indochina, con 654; Japón, con 162; Corea, con 79, y Oceanía, con 66.

La O. P. de San Pedro Apóstol

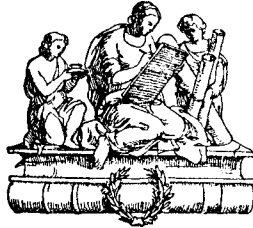
Esta empresa de la formación de un clero indígena, numeroso y selecto, supone una cooperación espiritual intensa y una ayuda económica constante.

Proporcionar estos medios espirituales y materiales es la finalidad de esta Obra Pontificia. A ella debemos ayudar con inscripciones individuales (2 pesetas al año), por medio de becas (12.000 pesetas) y sosteniendo los dieciocho Seminarios adoptados por España, suscribiendo adopciones colectivas (500 pesetas).

Si el mundo católico comprendiera la necesidad suma y la urgencia suprema del clero indígena, se habría dado con la clave de la solución del problema misional.



ORIENTACIONES



BIBLIOGRAFICAS

ENSEÑANZAS CATÓLICAS, por J. PÉREZ DE CIRIZA. — Talleres Tipográficos de Eugenio Orive Casave. Tafalla (Navarra).

Con la agilidad de su estilo moderno y dinámico, sugestivo y fácil, nos presenta Pérez de Ciriza su libro *«Enseñanzas Católicas»*. No por breves son sus pensamientos menos enjundiosos. El desarrollo metódico de sus premisas ocuparía volúmenes enteros. Porque Pérez de Ciriza condensa las ideas más sublimes con maravillosa habilidad.

Esas son, sin duda, las cualidades fundamentales que señalan la tónica literaria de la obra que nos ocupa. Obra encaminada a difundir enseñanzas católicas que se tiene semiolvidadas o mal aprendidas. *«A fomentar esa vida de Cristo en las almas tiende, lector amigo, este infimo libro (...); por lo cual mi deseo y mi trabajo han sido encaminados a ofrecer ideas claras y precisas»*, nos dice el autor en su introducción. Y le mueve el considerar que *«en la actual época se piensa poco; no hay ideas, y mucho menos, ideales, porque tampoco hay corazón. Todos los valores morales han sido absorbidos por el materialismo positivista o el naturalismo»*. Con estas consideraciones, Pérez de Ciriza nos habla de Dios Creador, de Jesucristo, de la Iglesia, de la Eucaristía, de la perfección cristiana, de la unión universal con Cristo.

Si todas las anteriores cualidades hacen recomendable a *«Enseñanzas Católicas»*, hay una que por sí sola nos movería suficientemente a otorgarle nuestros parabienes. La pura ortodoxia, su exacta coincidencia con el pensamiento

pontificio en cuestiones que hoy numerosos católicos interpretan y defienden erróneamente. Tales son, a guisa de ejemplo, el protestantismo y la unidad católica; la Iglesia, la política y el Estado; la unidad europea, la autoridad, la libertad, el liberalismo.

¡Cuánta exactitud hay en el análisis de las causas que nos han conducido a los males contemporáneos! ¡Cuán veraz la concatenación de esas causas: la filosofía renacentista, el protestantismo, el racionalismo, el naturalismo, el liberalismo, el materialismo, el socialismo, el comunismo, los manejos del judaísmo y de la masonería!

Y al propio tiempo que trata Pérez de Ciriza de los males que corroen a la moderna sociedad, nos señala el grande y único remedio: *«En los planes y designios del Señor estaba que el pueblo cristiano, que perdió el brío y entusiasmo propios de la juventud, los volviese a recobrar con el calor y la fuerza del tiempo de la primitiva Iglesia, por medio de la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús (...). La devoción a su Corazón es como un último esfuerzo de su amor, una Redención nueva, para sustraer a los hombres del imperio de Satán.»*

Muchas cosas más pudiéramos decir del libro de Pérez de Ciriza, pero entendemos que con lo dicho tendrán nuestros lectores suficiente para comprender que *«Enseñanza Católica»* es obra de divulgación, sí, pero al propio tiempo, de una profundidad y exactitud de pensamientos que ha de contribuir al gran bien de proyectar claridad y encendidos ardores sobre el confusionismo y la tibieza de hoy, aun entre «católicos enfermos, seminaturalistas», según calificación de Pérez de Ciriza.

Luis Luna

Viene de la página 220

Instrucción de la Suprema Congregación del Santo Oficio al Episcopado de todo el mundo

En cuanto a las *conferencias y reuniones interdiocesanas, ya nacionales ya internacionales*, es siempre necesario el permiso previo y especial, en cada uno de los casos, de la Santa Sede; en cuya petición ha de añadirse también cuáles sean las cuestiones y temas que deben tratarse y quiénes hayan de ser los ponentes. Ni es lícito, antes de que se haya obtenido tal permiso, comenzar la preparación exterior de tales reuniones o colaborar en ello con los acatólicos que la comenzaran.

V. — Aunque en todas estas reuniones y conferencias se debe evitar cualquier clase de «*communicatio in sacris*», no se reprueba, sin embargo, el rezo común de la oración dominical o plegaria aprobada por la Iglesia Católica con la que dichas reuniones se abran y clausuren.

VI. — Aun siendo derecho y deber de cada Ordinario vigilar, favorecer y presidir esta obra en su propia diócesis, con todo, será conveniente, o aun necesaria, la cooperación de muchos Obispos en la organización de oficios y actividades para observar esta obra toda, explorarla y moderarla. Así, pues, será propio de los mismos Ordinarios, de común acuerdo, examinar cómo se obtendrá la conveniente uniformidad en el obrar y la ordenada conexión.

VII. — Los superiores religiosos están obligados a vigi-

lar que sus súbditos se adhieran estricta y fielmente a todo aquello que por la Santa Sede o por los Ordinarios se haya prescrito en tal materia.

Y para que esta obra tan preclara de reunión de todos los cristianos en la única verdadera fe e Iglesia vaya siendo de día en día porción más escogida del cuidado universal de las almas, y obtenga cada día mayor resultado, y todo el pueblo católico implore de Dios con mayor vehemencia la misma reunión, ayudará ciertamente que los fieles sean instruidos oportunamente —por ejemplo por cartas pastorales— en tales cuestiones y trabajos, como también en las prescripciones de la Iglesia en esta materia y las razones en que las mismas se apoyan. Todos, ciertamente, y de un modo principal los mismos sacerdotes y religiosos, sean exhortados e inflamados a que con sus oraciones y sacrificios se esfuercen a fecundar y promover esta obra; y sean todos avisados que ninguna otra cosa más eficazmente allana a los errantes el camino para abrazar la verdad e Iglesia que la fe de los católicos corroborada con las buenas costumbres.

Dado en Roma, desde el palacio del Santo Oficio, el 20 de diciembre de 1949. ✠ Francisco, Cardenal Marchetti. — Salvaggiani, secretario. — Alfredo Ottaviani, asesor.

DE ACTUALIDAD

Homenaje a Jesucristo Rey de los Mártires y a los Obispos y sacerdotes españoles asesinados por los enemigos de Dios

"Página brillantísima en la Historia de la Iglesia escribieron nuestros Mártires; la escribieron con su sangre; la armonizaron cual himno de triunfo con los acordes valientes del grito jubiloso: ¡Viva Cristo Rey! Justo es dar gracias al Rey Divino por la gloria divina con que quiso honrar a nuestros Mártires, Obispos, Sacerdotes, Religiosos y Seminaristas.

"Y al mismo tiempo que al Rey de los Mártires debemos honrar a sus Mártires, sin prevenir, es evidente, el juicio de la Santa Sede. Pero, ¿qué menos que orar para que allá en las esferas de la eternidad los ilumine la luz eterna y qué menos que depositar los álbumes con sus nombres al pie de la Imagen Sacrosanta de Cristo Crucificado, Rey de los Mártires?"

Así se expresaba el día 16 del pasado mes de febrero el Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Valladolid, en el escrito anunciando el Homenaje a Jesucristo Rey de los Mártires y a los Obispos y sacerdotes que dieron su vida por Dios y por la Patria en nuestra Cruzada.

De acuerdo con la invitación del Prelado, el día 12 de abril se celebraron los diversos actos constitutivos del expresado Homenaje, que revistió caracteres nacionales.

A las diez y media de la mañana tuvo lugar en la Iglesia Catedral un solemne Oficio de Pontifical, con asistencia de los señores Arzobispos de Valladolid y Santiago de Compostela; Obispos de Almería, Santander, León, Palencia, Pamplona, Osuna, Zamora y Ereso; Obispos auxiliares de Toledo, Salamanca, Segovia, Teruel, Jaén, Cuenca, Astorga y Barbastro; vicario capitular de Ciudad Rodrigo, y abades de Samos, Cobreces y San Isidoro de Dueñas. Además de las autoridades, presididas por el Presidente de las Cortes, ocuparon lugar preferente en la Catedral, las representaciones del clero secular de toda España, integradas por cuarenta y dos seminarios y cuarenta cabildos catedralicios, y de diversas órdenes y congregaciones religiosas. Una multitud considerable de fieles llenaba por completo las anchas naves del templo, siendo muchísimos los que no pudieron penetrar en el mismo.

Terminado el Oficio, se celebró la solemne procesión al Santuario de la Gran Promesa, con objeto de depositar los álbumes con los nombres de los sacerdotes y religiosos víctimas del odio de los sin Dios, en el altar de Cristo Rey.

Llegada la procesión al Santuario, el Excmo. y Reverendísimo Sr. Arzobispo de Valladolid pronunció una alocución explicando la significación del acto que se celebraba. "Este homenaje —comenzó diciendo— comprende dos partes: la primera, honrar y venerar a Cristo Rey, para cuya gloria hemos ofrendado en el santo templo metropolitano el dignísimo sacrificio del altar; la segunda parte del homenaje, para la que nos hemos congregado en este Santuario Nacional de la Gran Promesa, es honrar y enaltecer la memoria de los Obispos, sacerdotes, religiosos y seminaristas inmolados en el transcurso de la persecución comunista que padeció España desde 1936 a 1939."

Recordó el Prelado las palabras pronunciadas en 1936 por el Papa Pío XI: "¿Qué podemos decir Nos en vuestra alabanza, venerables Obispos y sacerdotes, perseguidos e injuriados!", y las dirigidas por el Papa Pío XII, felizmente reinante, en su mensaje a España en 1939: "Nos, con piadoso impulso, inclinamos ante todo nuestra frente a la santa memoria de los Obispos, sacerdotes, religiosos

de ambos sexos y fieles de todas edades y condiciones, que en tan elevado número han regado con su sangre su fe en Jesucristo y su amor a la Religión."

Terminada la alocución, el Prelado dió lectura a un radiograma de Su Santidad concebido en los siguientes términos:

"Al conmemorarse en Santuario Nacional Gran Promesa, como homenaje a Cristo Rey, heroicos mártires Obispos, sacerdotes, religiosos, seminaristas, víctimas pasada persecución en esa nación, Augusto Pontífice, recordando a todos hermoso ejemplo dado por esas almas, envía de corazón vucencia, prelados, sacerdotes, fieles, implorada bendición apostólica, presagio divina gracia."

A continuación fueron colocados los álbumes a los pies de la imagen de Cristo Rey. Dichos álbumes contienen los nombres de

12 Obispos,
4.266 sacerdotes,
2.489 religiosos,
283 religiosas,
249 seminaristas

inmolados por la furia diabólica de los enemigos de Dios y de su Santa Iglesia.

Por la tarde, y como colofón de la magnífica Jornada, tuvo lugar el homenaje público a Cristo Rey, en la Plaza Mayor de la Ciudad.

La venerada imagen de Cristo Rey fué llevada procesionalmente desde la Catedral, acompañada por los Prelados, sacerdotes, religiosos y seminaristas presentes en Valladolid, presididos por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo, al que acompañaban todas las autoridades.

El pueblo todo se había congregado en la Plaza Mayor y en las calles por donde transcurría la procesión, entonando himnos religiosos con gran recogimiento y fervor. Llegada la imagen a la indicada plaza, fué colocada ante la puerta principal del Ayuntamiento, mientras los Prelados y autoridades tomaban asiento en las tribunas situadas respectivamente a los lados derecho e izquierdo del Palacio Municipal.

Seguidamente, el Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Jaén pronunció unas palabras sobre la trascendencia del homenaje que se estaba celebrando a Jesucristo Rey, y dedicando un recuerdo a los sacerdotes y religiosos que ofrendaron su vida a Dios.

Terminada la alocución, y mientras el pueblo entero entonaba el himno de los mártires entre el repique general de las campanas, la imagen de Cristo Rey fué devuelta a la Catedral, en donde se cantó, como remate final de los actos celebrados, un solemnisimo Te Deum.

Queremos cerrar esta brevísima crónica reproduciendo otro fragmento del escrito del Excmo. y Rvdmo. Señor Arzobispo de Valladolid, anteriormente citado:

"No puede olvidarse lo que no debe olvidarse... Cierro que no hay que atizar el fuego ni el rescoldo de la discordia ni de las venganzas... Pero también ¡imposible! olvidar los sacrificios, los martirios que padecieron nuestros hermanos por amor a la Iglesia y a España y para nuestro bien. Aprendamos de ellos las deslumbradoras lecciones que nos dieron de amor a Dios, a Jesucristo, a la Iglesia, a España, a su sotana sacerdotal o seminarística, a su hábito religioso; lecciones que, por desgracia, algunos no aprendieron y otros ya olvidaron."

J. O. C.

**TEXTIL
GUASCH**
S. A.

FABRICA de TEJIDOS
de LANA

Calvo Sotelo, 16 bis
Teléfono 2300
Dirección telegráf.: «GUASCH»
Apartada de Correos n.º 12
SABADELL

Ayuntamiento
de
Cornellá del Llobregat

**GRÁFICA
MANÉN**

LITOGRAFIA
RECLAMOS
IMPRESA

Diputación, 116-118
Teléfonos
23 32 57 y 23 47 85
BARCELONA

PAÑOS S. G. H.

SABADELL

A. S. A.

BARCELONA

P. G. B.

SABADELL

José Forcano Pascual

ALMACEN ALPARGATAS
ALTA FANTASIA

Teléfono 23173

Fábrica de Tejidos de Lana
Especialidad en pantalonería
y otras novedades para Caballero

VALLHONRAT Y Cía.

Teléfonos { Almacén, 2420
Fábrica, 1733
Plaza Maragall, 1 - Terrasa

Juan D. Casanovas

FABRICA DE TEJIDOS
DE ESTAMBRE

Las Planas, 18 - Teléf. 1212
SABADELL

RESERVADO



*Visite las Cuevas
de Artá*

Chocolates y Bombones

“PINAR”

FABRICADO POR
LUDOMAR, S. L.

ARTICULOS PARA PRIMERA COMUNION
OBJETOS DE ESCRITORIO - IMPRESA

JOSE CANUT

Gerona, 73 **BARCELONA** Tel. 2120 94

ECCLESIA

ORGANO DE LA A. C. E.

Corresponsal en Barcelona:

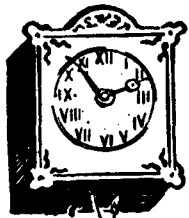
Federico Bernadà

Valencia, 347, entlo., 2.ª

Teléfono 21 27 75

Llegó la hora...

de
**COMBATIR
LA POLILLA
MOSCAS
MOSQUITOS
ETC.**



Recuerden
INSECTICIDAS



DDT de ACCION RAPIDA y DURADERA

TEXTIL DALMAU

FABRICA DE TEJIDOS DE LANA
ALMACEN DE TEJIDOS DE ALGODON

ESPECIALIDADES PARA COMUNIDADES RELIGIOSAS

Teléf. 2923
San José, 3

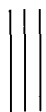
SABADELL



José Fontanals Hill
Hermanos

♦ ♦
FÁBRICA Y ALMACÉN
DE TEJIDOS DE FANTASÍAS

♦ ♦
ALTA NOVEDAD PARA SEÑORAS



Despacho: Gerona, 62 - Teléfono 25 22 17
Fábrica: Puigmarí, 8 (Gracia) - Teléfono 28 43 25
BARCELONA

José María Minoves Fusté

SUCESOR DE
Salvador Fusté Teixidor



Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón
en BESSACHS
(GIRONELLA)